

Personalidad, ciencia y contexto histórico en un sabio ilustrado: Humboldt y el virreinato de la nueva Granada (1801-1829)

J. Alberto Navas Sierra

Arbor CLXIII, 642 (Junio 1999), 245-288 pp.

Sin que hubiera sido el resultado de un bien meditado proyecto expedicionario, el científico prusiano, Barón Alejandro de Humboldt, terminó recorriendo de Norte a Sur el antiguo Virreinato de la Nueva Granada. Su visita, que se inició en marzo de 1801 y se prolongó hasta agosto de 1802, resultó extraordinariamente rica en experiencias y resultados científicos; los que han sido largamente resaltados por una amplia bibliografía al respecto. Sin embargo, no han sido suficientemente estudiados los aspectos histórico-contextuales y biográficos que antecedieron y singularizaron la estadía de Humboldt en las actuales Repúblicas de Colombia y Ecuador.

1. Algunos prolegómenos y paralelismos biográficos

Estando próxima la conmemoración del bicentenario de la expedición científica de Humboldt a Hispanoamérica (junio de 1799 a abril de 1804), el presente trabajo está primordialmente dedicado a analizar algunas de las múltiples experiencias personales vividas por Alejandro Humboldt durante su estadía en el antiguo Virreinato de la Nueva Granada, entre marzo de 1801 y agosto de 1802. Por lo mismo, se omitirá hacer referencia específica a las diferentes contribuciones científicas derivadas de dicha visita, dado que existen al respecto notables

trabajos¹; ampliamente utilizados por los especialistas del tema y período. Igualmente, y por el mismo motivo, se eludirá hacer referencia a las consecuencias que, para los actuales territorios de Colombia y Ecuador, significó la visita del sabio alemán, por existir en su caso una excelente bibliografía, ampliamente conocida².

El complejo viaje y expedición científica del Barón de Humboldt a Hispanoamérica fue el resultado de múltiples casualidades y su paso por el antiguo Virreinato de la Nueva Granada no lo fue menos. Aunque dentro del conjunto de su abultada obra científica y retocada biografía, la Nueva Granada ocupa un lugar poco relevante, lo cierto fue que el pasaje del sabio tudesco por estos meridianos del imperio español ocupó, no sólo un lugar ciertamente significativo en varios capítulos de sus posteriores contribuciones científicas (su teorías sobre el *volcanismo* y sus aportes pioneros a la *geografía de las plantas*, por ejemplo), sino que además, y a semejanza de otras regiones por él visitada —Cuba, Venezuela, e incluso la misma Nueva España—, sus experiencias y vivencias en Santafé y Quito perduraron activas en su obra y espíritu por casi 30 años más; que es lo que ahora se pretende recordar aquí.

Aunque no exista unanimidad entre los principales biógrafos de Humboldt, lo cierto es que la decisión y oportunidad de llevar a cabo tan larga expedición científica a lo largo y ancho del Nuevo Mundo, fueron el resultado de una larga cadena de no siempre conexas circunstancias, personales y profesionales, que terminaron por impulsaron, y casi podría decirse, imponerle, dicho viaje. Incluso, vista retrospectivamente su biografía previa al mismo, todo parece indicar no sólo la preexistencia de un meticuloso y bien disciplinado proyecto de viaje, sino además una una no menos cuidadosa y esmerada preparación personal y científica; todo lo cual habría garantizado al sabio prusiano obtener el máximo aprovechamiento de una experiencia científica que de antemano se sabía sería única y difícilmente irreplicable en el mundo de entonces.

En verdad, la realidad fue bien diferente. Desde muy temprano, y prácticamente hasta la víspera de dicho viaje, tres dimensiones en la vida de Humboldt parecen entrecruzarse de manera casual, y casi podría decirse, fatalísticamente, como ya se ha advertido, para hacer posible y exitoso su expedición hispanoamericana.

Su refinada formación científica

Por tratarse de un ejercicio predominantemente biográfico resulta inevitable referirse en primer término a lo que pudo llegar a significar

la exquisita formación científica que precedió el viaje y experiencia americana de Humboldt.

Aunque ha sido discutida, incluso por el mismo Humboldt, la inducción en éste de un temprano amor por las ciencias naturales por parte de su primer y fugaz preceptor Heinrich Campe, no lo fue la que ejerció el dominante Christian Kunth quien, como entusiasta *Aufklärer* que era, a los 8 años indujo a Alejandro y a su hermano Guillermo, un profundo amor por la cultura clásica y un no menor entusiasmo por las nuevas ciencias del momento, en particular por la botánica, cuyo sistema lineano conocieron —cuando Alejandro tenía apenas 12 años— a través de otro de sus brillantes maestros, Ernst L. Heim³.

En Berlín, a los 19 años, su temprana e intensa iniciación social está asociada con su primera y gran decisión de dedicarse por completo a las tareas científicas; experiencia que por cierto verá repetida en algunos de los jóvenes hispanoamericanos que, como miembros o apadrinados por los estrechos «círculos» de la alta sociedad colonial, pretendían una vocación similar dentro del tardío despertar de la llamada *ilustración hispanoamericana*, en particular en Santafé, Popayán y Quito.

Como se ha repetido siempre⁴, fue la mano y afecto privilegiados de Karl Ludwing Wildenow quienes, a los mismos 19 años, indujeron en Alejandro su amor definitivo por la botánica de campo y las técnicas herborísticas de que tanto se valdrá a lo largo de su estadía en la Nueva Granada. Y fue precisamente su posterior interés en conocer los poco divulgados trabajos de la *Expedición Botánica* del Nuevo Reino de Granada, en particular su curiosidad por observar personalmente la obra científica de José Celestino Mutis, lo que le reportó uno, sino el más valioso enriquecimiento científico luego de su paso por dicho virreinato; y el cual, como Humboldt mismo reconoció posteriormente, retribuyó con sobradas creces su *sacrificio* de remontar los Andes neogranadinos para llegar a Santafé de Bogotá, a finales de abril de 1801.

Igualmente indispensable resultaron al futuro viajero alemán los cursos que durante dos años, siguió en Gotinga en las áreas de arqueología con Heyne, electricidad con Lichtenberg y ciencias naturales con Johann Friedrich Blumenbach, luego que a los 20 años, en medio del ardor revolucionario francés de 1789, Alejandro decidiese asumir una vida propia e independiente en su formación y orientación científica. No menos importantes habrían de resultarle en su viaje americano, los nuevos cursos de perfeccionamiento botánico y trabajo de campo seguidos, una vez más, con su amigo Wildenow a su regreso a Berlín;

quien, como se sabe, será uno de sus constantes corresponsales desde Hispanoamericana. Igualmente importante habría de resultarle en América su fase formativa científica de Friburgo, cuando a los 22 años —1791— y durante un año, Alejandro fue alumno predilecto del geólogo Werner; como también lo fueron los y los no menos cursos complementarios seguidos con el geómetra Johann Friedrich Freisleben a los cuales añadió las asignaturas de mineralogía, física, mecánica, matemáticas y tecnología minera; temas que habrían luego de ocupar buena parte de su experiencia científica en la Nueva Granada.

Su nombramiento, a comienzos de marzo de 1792 como *Asesor en el Departamento de Minas y Fundiciones* de Prusia, y su posterior y no menos variada experiencia como funcionario público, le serán igualmente útiles durante su larga estadía en la Nueva Granada. Como se verá luego, no resultará extraño que 9 años más tarde, inspirándose en esta precedente labor oficial, Humboldt decidiera a hacer un buen número de observaciones críticas sobre el pésimo estado de la explotación minera del virreinato; llegando, incluso, a elaborar más de un proyecto tendiente al mejoramiento de estas decaídas explotaciones. Estas *memorias*, como otras de sus variadas observaciones y propuestas americanas, bien recordaban sus primeros trabajos científicos sobre mineralogía, química y botánica que, por los años de 1792-94, circularon muy tempranamente en alemán, inglés, español y francés.

Pero fueron sus constantes traslados y estancias investigativas como funcionario activo las que formaron igualmente formaron ese buen bagaje de experiencias profesionales que luego tendrían ocasión de replicar⁵ intensamente en América; en particular sus estancias y trabajos en Viena donde tuvo la ocasión de ser testigo del descubrimiento del galvanismo. Su preocupación por el mejoramiento de las salinas de Silesia serán revivida en su admirable trabajo sobre las minas de Zipaquirá y Nemocón, cerca de Santafé de Bogotá. El levantamiento de planos y publicación de la flora de esta región alemana bien se compaginará también con su pionero levantamiento cartográfico del Río Grande de La Magdalena —como ya lo había hecho antes respecto del Orinoco— en su ascenso a Santafé; y luego durante su larga y penosa travesía desde la capital del Virreinato hasta la lejana Lima.

Igualmente, no menos relevantes y concatenadas habrían de resultarle sus investigaciones y publicaciones sobre las tormentas, que efectuó el año siguiente (1793) en Polonia y Prusia oriental, y cuyas proposiciones tendrá ocasión de revisar repetidamente al presenciar —no sin fascinación— las vendavales tropicales de Venezuela y el subtropical santafereño. Preponderantes habrían de serle también en la

Nueva Granada sus experiencias astronómicas de 1794 de Jena, cuando bajo la influencia del acreditado astrónomo Franz von Zach, director del observatorio de Gotha, Humboldt se introdujo en el no menos fascinante mundo de las mediciones barométricas de altitudes de parajes a lo que dedicará tantos cálculos, y no menos polémicas, durante su visita a la Nueva Granada. Singularmente conmemorativo llegará serle su encuentro con el prodigioso empirismo del astrónomo payanés Francisco José de Caldas, como luego se verá. Los nuevos cursos de química, botánica y mineralogía y sus repetidas jornadas de herborización, entonces aprovechando al máximo la privilegiada compañía y amistad de Goethe, incrementarán el bagaje científico que Humboldt pondrá a prueba en las costas y andes novogranadinos. Las principales obras publicadas en dichos años —1795-1796— estarán luego muy presentes en la variada experiencia americana y subsiguientes aportes científicos de Humboldt; en especial: *La Metamorfosis de las plantas*; *Ensayo sobre la forma de los animales* y el *Método general de comparación*.

Su decisión en Jena —1797— de renunciar a toda responsabilidad pública y dedicarse por completo a su vocación científica y viajera, le facilitarán hacer públicos sus nuevos aportes científicos que tan estarán presentes en América. Cabe recordar como luego vinculados a su experiencia americana sus contribuciones al *magnetismo terrestre* (según su experiencia con las rocas serpentinosas y polarizadas iniciada en Gefeers en 1792) y sus teorías sobre la *germinación*, los *colores*, la *alimentación de las plantas*, la *irritabilidad de las fibras musculares y nerviosas en los animales* «(insectos) —este último que más tarde le consagrará como el fundador de la “psicología nerviosa y la terapéutica científica». No menos influyentes también serán para su futura experiencia americana sus trabajos geológicos y meteorológicos, la posición geográfica de los lugares y el análisis de la corteza terrestre emprendidos en Salzburgo en unión a su amigo y condiscípulo Leopoldo Busch, desde finales de 1797.

Incluso la búsqueda y acopio de instrumentos científicos que realiza el año siguiente (1798) en París, así como los nexos intensos y definitivos que establece con las academias e institutos científicos parisinos —donde volverá a tocar los temas de la *irritabilidad nerviosa de las fibras musculares animales*— en particular su experiencia de laboratorio con los científicos Fourcroy y Vauquelin. Estos vínculos institucionales y personales previos se convertirán luego en una especie de bocina divulgativa en Europa de sus primeros hallazgos científicos en América, y el mejor conducto para anunciar sus nuevos aportes que dijo estaba

preparando, los que dio a conocer prioritariamente a través de sus homólogos franceses.

Su inquieto deambular, antesala americana

Como es sabido, desde la temprana muerte de su padre , -(1779, cuando apenas tenía 10 años)- la vida y la formación intelectual de Humboldt estuvo o desde entonces marcada por un incesante cambio de domicilio; en parte como respuesta a una precoz ansiedad de saber y perfeccionamiento personal, y en parte como consecuencia de su no menos pródiga vitalidad afectiva y sentimental.

Si bien el mismo Humboldt se empeñó en no reconocer una temprana —y aún tardía, tras su pasajero reencuentro en París en 1798- influencia intelectual de su primer preceptor Campe, fue siempre manifiesto el interés de éste último al menos por dos temas: las aventuras juveniles y las exploraciones marítimas (fue el autor del *Joven Robison* y *El descubrimiento de América*), no estando del todo aclarado si con ocasión de sus reencuentros posteriores, siendo ya adulto Humboldt, alguno de ellos previos a su viaje a España y luego a América, Campe llegó a motivar a su ex-pupilo por una expedición científica fuera de Europa.

Sin embargo, parece ser que la inclinación de Humboldt hacia un mundo más libre y personal empezó a concretarse también a sus 19 años, aparejada aquella con su precoz iniciación social en los salones berlineses pro burgueses y judíos de la época; donde una cultísima minoría intelectual de la joven Alemania discutía con ardor los principales temas de su tiempo, tal cual se hacía en los salones homólogos de París, Londres y Viena; y en los que las exploraciones científicas alrededor del mundo aparecían ya como un válido instrumento para la universalización de la cultura y del conocimiento científico. No obstante, si bien el tema del *Nuevo Mundo* era objeto de debate y polémica en tales círculos, no aparece de manera alguna manifiesto que Humboldt hubiera empezado a imaginar entonces, tan tempranamente, una expedición a las antípodas americanas.

Ahora bien, y en lo que interesa al tema de este trabajo, si aparece algún indicio sobre lo fascinante que resultaría para Humboldt constatar en dichos ambientes el redescubrimiento que en ellos se hacía del mundo americano dentro de unos parámetros muy diferentes a los que axiomáticamente habían planteado previamente los polemistas ilustrados Buffon, Raynal y sobre todo De Paw. Como se sabe, correspondería

luego a Alejandro de Humboldt un papel, no sólo pionero sino definitivo, en esta nueva proyección de América en Europa, labor científica y propagandística ésta no exenta de cierta fantasía como fue propio al sesgo pre-romántico que caracterizó la tardía ilustración alemana, la que en compensación se anticipó en este sentido al resto de Europa. Se aludirá más adelante a las varias referencias que en contra de tales autores europeos hizo Humboldt durante su estancia en la Nueva Granada.

Igualmente, resultarían importantes para la futura expedición de Humboldt a América, no sólo los diferentes viajes llevados a cabo dentro de Europa antes de decidir su paso a América, sino también los contactos directos y privilegiados que tuvo durante tales desplazamientos con los grandes viajeros y exploradores europeos de finales del siglo XVIII. Ambas cosas influirán en su momento para convencerle sobre la inevitabilidad de un largo viaje a otros parajes del planeta donde ampliar y confirmar, en un intento generalizador, y si se quiere universalizador, su ya definido esquema científico; luego de lo cual podía afianzar un respetable prestigio y preeminencia científica mundial, a la que Humboldt aspiraba inocultadamente para sí y sus hallazgos.

Se dice frecuentemente ⁷ que fue en 1790 —con ocasión de su primer viaje fuera del continente, Inglaterra, y su subsiguiente contacto con la Revolución Francesa— cuando se despertó en definitiva su primera pasión por los viajes y exploraciones científicas alrededor del mundo, momento en el que no aparece aún Hispanoamérica como uno de sus pretendidos destinos. Al respecto, se cita como definitivo su encuentro e íntima relación con Georg Forster quien había participado en la expedición alrededor del mundo al mando del capitán Cook, y para quien tendrá varios recuerdos epistolares desde el Orinoco venezolano. Igualmente influyente le resultó haber conocido —gracias al citado Forster- al célebre naturalista inglés Sir Joseph Banks (quien ya había participado en la primera circunvalación del globo realizada por el mismo capitán Cook entre 1768-1771); y sobre todo haber podido admirar la extraordinaria biblioteca y archivo botánico de dicho sabio; experiencia que rememorará expresamente en Santafé de Bogotá cuando tuvo oportunidad de conocer y trabajar —julio a septiembre de 1801- en la no menos asombrosa biblioteca y archivo del sabio Mutis.

Pero fueron sus reiterados, y casi ininterrumpidos, viajes alrededor de Alemania y sus fronteras —Franconia, Berlín, Bayreuth, Kolberg, Thorn, Strzelno, Gnesen, Posen, Glogau, Praga, Eger, Norte de Italia, Suiza y Saboya- efectuados durante el cuatrienio 1792-1795 cuando se manifiesta su irrenunciable pasión por la exploración replicativo-

científica de tipo itinerante; correrías éstas realizadas casi siempre a pie, conforme hará al cruzar los andes novogranadinos. Un año después, sin tener aún definido su primer destino extraeuropeo, Alejandro pensó por primera vez en dirigirse a América. Sin embargo, prefirió éste permanecer en Jena durante 1797 y parte de 1798 antes de iniciar en firme su periplo allende Europa; época en la que la amistad y reencuentro privilegiado con Goethe, le influyó de manera decisiva en la necesidad de explorar cuanto paraje pudiese del Globo para sustentar sus ya definidos intereses científicos; vivencias de las que, tanto Goethe como Humboldt, recordaron en repetidos testimonios epistolares.

Su estadía en Viena entre finales de 1797 y comienzos de 1798, y en particular su contacto con la colección de plantas americanas depositadas en el castillo de Schönbrunn, no sólo anticipó en Humboldt un segundo contacto directo con la flora americana —el primero se lo facilitó Banks en Londres—, sino que le permitió plantearse por primera vez la posibilidad de un viaje al continente americano, conforme se lo propuso el Director imperial de los jardines imperiales, Joseph van der Schot, con quien llegó a planear una expedición al Brasil, a ser sería financiada por el recién ascendido Leopoldo II. Este primer sueño expedicionario se pospuso en seguida cuando recibió en Salzburgo la invitación de Lord Bristol, Obispo de Derry, para integrarse en una proyectada expedición arqueológica a Egipto y cuyo objeto científico eran precisamente las Pirámides faraónicas; empresa que Humboldt había decidido extender, por su propia cuenta, a Siria y Palestina, proyecto el cual se frustró, igualmente, al conocer Humboldt en París el apresamiento en Milán de su invitante, según órdenes de las autoridades francesas.

Sin que América volviese a estar en sus miras expedicionarias, su inesperada estadía en la capital francesa le proporciona el contacto con el *viejo* expedicionario Boungainville, quien por cuenta del Directorio preparaba nuevamente una gran expedición alrededor del mundo, y en especial al Polo Sur; empresa la que, según su propia correspondencia, concordaba con sus recientes preocupaciones científicas relativas al magnetismo terrestre. Consideró en este momento Humboldt que no podría existir mejor sitio para revalidar sus proposiciones que una estancia en dichos parajes. Conoció también en París al viajero Volney quien acababa de regresar de visitar las pirámides egipcias, luego de una corta estadía en Norte América y cuyas descripciones sobre la riqueza vegetal y animal angloamericana entusiasmaron nuevamente a Humboldt. Pero fue también durante esta visita a París cuando conoce y se une tan estrechamente al joven médico Aimé Bonpland,

quien será luego su obsecuente compañero durante su aventura hispanoamericana.

Tras la repentina decisión del Directorio de confiar el mando de dicha expedición al capitán Baudin en sustitución de Bougainville y la invitación que le extienden las autoridades galas a Humboldt y Bonpland para embarcarse en el *Volcán*, hacen visualizar a ambos, por primera vez, un concreto destino hispanoamericano, itinerario en el cual curiosamente no figuraba para nada la Nueva Granada, el más modesto de los cuatro virreinos españoles en América: un año en Paraguay —país que tanto tendrá que ver más tarde con la infortunada fase final de la vida de Bonpland— y la Patagonia; un segundo año en Perú, Chile, México y California; el tercero en los mares del sur; el cuarto en Madagascar; y el quinto en Guinea.

Una nueva circunstancia pospondrá por algún tiempo el destino americano de Humboldt y Bonpland. Como es sabido, aquél no se dejó afectar por el aplazamiento de este nuevo ensueño expedicionario, debido tanto a razones presupuestarias —300 000 miserables libras—, como al temor de una guerra inminente entre Francia y las potencias aliadas europeas. Si bien Humboldt había tomado ya la decisión definitiva de dejar Europa y encontrar luego la expedición de Baudin en algún lugar del planeta, lo cierto fue que para entonces no tenía éste, ni un rumbo cierto, ni un plan de trabajo definitivo al respecto. Ambas circunstancias propiciarán finalmente el destino americano de Humboldt y Bonpland.

Una subsiguiente e igualmente fracasada idea de pasar a Argelia con el propósito de explorar botánicamente el Atlas norte-africano, le acercará nuevamente hacia España y América. Como se sabe Humboldt y Bonpland quisieron entonces unirse al Cónsul sueco Skjöldebrand; amigo del primero y quien tenía que realizar un encargo diplomático ante el monarca argelino, país el cual llenaba de entusiasmo a ambos expedicionarios; viaje el cual Humboldt pensó extender hasta Egipto, siguiendo primero las caravanas musulmanas que iban hacia la Meca, y luego las huestes mismas del General Bonaparte⁸. La inesperada irrupción de éste en Egipto les obligará a permanecer anclados infructuosamente, y por tiempo indefinido, en Marsella.

Como es también sabido es este nuevo suceso revolucionario francés, en particular asociado con la fulgurante carrera de Bonaparte —por cierto nacido el mismo año que Humboldt— el que introdujo un cambio sustancial en los planes expedicionarios de Humboldt y Bonpland, todo lo cual no le permitiría escapar a su destino hispanoamericano. Sin embargo, al momento de su ingreso en España, a finales de 1798, el

propósito inicial de Humboldt y Bonpland era sólo encontrar un navío que les llevara a Esmirna en dirección al Medio Oriente; pretensión que rápidamente olvidaron embelesados como quedaron, desde un comienzo, con la exuberante vegetación del Levante español, el cual recorrieron casi totalmente a pie; el mismo que, en más de una ocasión, Humboldt recordará luego en su caminar por la Nueva Granada.

El cúmulo de inesperadas circunstancias que esperaban a ambos científicos en la capital española, les acercarán cada vez más al continente americano. La ausencia del titular diplomático prusiano en Madrid, el barón von Rhode, no fue óbice para que Humboldt obtuviera un inmediato e impredecible favor de la Corte española, cuyas puertas le abrieron tanto el Secretario sustituto de la Legación prusiana, el barón Philipe von Tribulet-Hardy, pero particularmente el barón Philipe von Forell, viejo conocido de Alejandro, y entonces representante de Sajonia en Madrid. La afinidad personal e ideológica de éste con el nuevo Primer Secretario de Estado y del Despacho, el volteriano Mariano Luis de Urquijo, cuyo repentino, corto y no menos circunstancial ascenso político ante la caída del favorito Manuel Godoy, constituirá el penúltimo eslabón en el proyecto de expedición de Humboldt a América, y en particular a la Nueva Granada.

La decisión de un destino hispanoamericano fue casi fulminante una vez instalados en Madrid, como lo evidencia la *memoria* de viaje y exploración científica en los territorios americanos presentada por Humboldt y Bonpland, inmediatamente después de su presentación a Carlos IV —Aranjuez, 15 de marzo de 1798—. Si bien no están clara del todo la amplitud de las pretensiones científico-americanas de ambos proponentes, lo cierto es que hasta entonces su paso a América constituyó una oportunidad más para poder unirse, desde México seguramente, a la expedición del francés Baudin. El hecho de incluir en el itinerario propuesto una estancia en los mares del sur, a través de las islas Filipinas, corrobora tal suposición; que Humboldt dejó además confirmada en su correspondencia con su hermano Guillermo hasta el momento mismo de su embarque en La Coruña rumbo a las islas Canarias, Caracas, La Habana y luego Nueva España⁹.

Todo parece indicar que la supuesta *vocación americana* de Humboldt empezó a concretarse gracias a la cálida acogida que los círculos científicos de la capital española dieron, desde un comienzo, al científico alemán y su compañero Bonpland; como el mismo Barón lo reconocería más tarde al final de dicho periplo. Suele mencionarse reiteradamente al respecto el particular apoyo y estímulo dado por el abate José de Cavanilles, ya por entonces en el cenit del complejo y revuelto mundo

científico español, por entonces en claro enfrentamiento contra la plana mayor del Real Jardín Botánico de Madrid —Gómez Ortega y Barnades— instituto del cual sería aquél futuro director en 1801; época durante la que se acrecentó la amistad y cercanía entre ambos, conforme se constata en las muchas contribuciones de Humboldt —varias de ellas enviadas desde Nueva Granada— incluidas en los *Anales de Historia Natural*, de la que era codirector el mencionado Cavanilles¹⁰. Igualmente encontró Humboldt en Madrid al mineralogista alemán, Christian Herrgen, su condiscípulo en los cursos con Werner en Friburgo, para tales fechas también codirector de los *Anales* y profesor del Real Estudio de Mineralogía; y quien había sido traído a España por el no menos influyente científico español, José Viera y Clavijo, amo del Real Gabinete de Historia Natural y a su vez protector del mismo Cavanilles. A ambos estaba muy ligado el químico francés Luis Proust, igualmente codirector de los *Anales*, quien en su segunda contratación en España ejercía como director del Laboratorio de Química y de quien se dice tuvo igual contacto con Humboldt y Bonpland. Se sabe que también a su turno que le fue presentado el famoso historiador Juan Bautista Muñoz quien desde 1779 preparaba por encargo oficial una *Historia de América* y quien permitió al viajero alemán consultar buena parte de los documentos oficiales sacados de los Archivos de Simancas y de la Torre do Tomo, además de facilitarle buena parte de la documentación oficial indiana; que tanta veces recordará y anotará Humboldt en su *Diario de Viaje*¹¹.

Suelen mencionarse, no muy explícitamente, que Humboldt al llegar a Madrid tuvo noticias sobre la reciente contratación que la Corona española había hecho de dos vizcaínos, ex-colegas de Friburgo, magníficos químicos y metalúrgicos, los hermanos Fausto y José Elhuyar, enviados desde 1788 a Nueva España y Nueva Granada, respectivamente, con el objeto de revitalizar la decaída minería española en América¹². Como se verá luego, cuidado y referencia especial puso Humboldt a su paso por Honda y Mariquita en recordar la malograda —si no mal entendida— misión de Juan José en Santafé.

Pero de manera especial estimuló el ánimo de Humboldt para decidir su periplo hispanoamericano el conocimiento detallado que entonces pudo tener, de parte de los citados y herméticos colegas del grupo de los *Anales* en Madrid, respecto de los ingentes gastos que, como ningún otro gobierno europeo, venía haciendo la Corona española desde casi un cuarto de siglo antes tendientes a promover el estudio y desarrollo de las ciencias naturales en la metrópoli y, sobre todo, en sus colonias ultramarinas; trabajos que de manera tan directa se

relacionaban con buena parte de las preocupaciones científicas de Humboldt.

Conoció éste en detalle la organización de las dos primeras *expediciones botánicas* ordenadas en Hispanoamérica bajo Carlos III. La primera de ellas dirigida por los botánicos Hipólito Ruíz y José Pavón en Chile y Perú, quienes desde hacía 20 años venía recolectando una impresionante muestra de la flora chilena y peruana; empresa estatal de la cual, para dichas fechas, se tenía ya en Madrid un buen conocimiento de sus primeros resultados, en particular lo tocante al asunto de las *Quinas*; en una de cuyas polémicas futuras con D. José Celestino Mutis, Humboldt terció a favor de éste. Igualmente conoció algunos, de los pocos detalles recibidos en España, de las labores adelantadas por la *Expedición Botánica de Santafé* dirigida desde 1783 por el citado Mutis y cuyo ámbito original cubría el virreinato de la Nueva Granada (las actuales repúblicas de Colombia y Ecuador) y la América Central. De manera similar, se informaron Humboldt y Bonpland de los trabajos científicos de la primera de las expediciones ordenadas y costeadas por orden de Carlos IV en Nueva España, y que en sus comienzos, once años atrás, estuvo dirigida por el botánico peninsular Martín Sessé y para tales fechas por el mexicano Mociño¹³.

Su complejo mundo sentimental

Aunque normalmente los biógrafos de Humboldt suelen pasar de en puntillas por esta decisiva dimensión de su vida, resulta inevitable aludir ahora al papel, en buena forma, no menos preponderante, y no por ello circunstancial, que su complejo mundo afectivo y sentimental jugó en su decisión de expedicionar finalmente en América. Citar tales antecedentes hace más fácil la alusión a dos incidentes biográfico-afectivos sucedidos durante su paso por Quito y cuyos protagonistas tuvieron un destino fatal que concluyó en los patíbulo que la *Reconquista* española levantó durante la fase más cruel de la guerra de independencia hispanoamericana; tal cual se caracterizó ésta en el Virreinato novogranadino.

Por las obvias razones del caso, y no sólo respecto de Humboldt sino de otros ilustres personales de su época, sus biógrafos no siempre suelen referir su temprano homosexualismo con el rumbo que aquél dio a varios episodios importantes de su vida¹⁴. Ahora bien, en lo que importa al tema de este apartado, se pretende solamente relacionar la aparente influencia que tales nexos afectivos tuvieron, no sólo a

lo largo de la formación científica, como con la decisión final de Humboldt de emprender una gran expedición ultramarina. Lo poco explorado respecto de Alejandro apunta por parejo a la terrible soledad y aislamiento afectivo a la que, desde los 10 años, y luego de la temprana muerte de su padre, quedó expuesto el futuro sabio alemán; como también a los complejos nexos y dependencia moral que, hasta los 27 años, mantuvo Humboldt con su madre Marie-Élizabeth, prácticamente hasta la muerte de ésta ¹⁵.

Se supone que sus erráticos y casi obsesivos primeros nexos afectivo-sexuales estuvieron asociados con algunos de sus profesores y condiscípulos, coincidente ésto con su ingreso en los no muy santos salones berlineses. En Francfort con Wilhelm Gabriel Wegener y su culto a la amistad masculina (1787); el año siguiente en Berlín, esta vez con su maestro y confidente afectivo de toda la vida, Karl Ludwig Wildenow, permanente destinatario de su correspondencia americana. A lo anterior, siguió su no menos corta pero intensa relación con George Foster quien, como ya se dijo, le introdujo en la fantasía alucinante de los viajes y exploraciones ultramarinas. Fue en compañía de Forster con quien Humboldt realizó su primer viaje fuera del continente, esta vez a Inglaterra y de quien aprendió el arte de observar y comparar paisajes, naturaleza y firmamentos; cosa que hará tan prolijamente durante su estancia en la Nueva Granada, y por cuyo motivo dedicará a aquél más de un pensamiento en Venezuela y Santafé.

En 1791, a su regreso a Berlín, el reencuentro con su profesor y compañero Wildenow y sus experimentos conjuntos sobre la fisiología de las plantas serán luego repetidos en la Nueva Granada al lado de Mutis. Un año después —1792— en Friburgo, a la nueva y intensa relación sentimental con Karl Freisleben seguirá una no menos densa unión con su condiscípulo Leopold von Buch, a cuyo lado excursionará arduamente con fines geológicos y mineros como lo hará luego frenéticamente en Quito al lado de Montúfar, como se aludirá más adelante. Pero su pasión por los viajes y las exploraciones replicativa-científicas se marcará definitivamente en Humboldt a partir de su también no menos apasionada relación con Reinhard von Haef-ten, cuyo convulsionado desenlace se sabe le impulsó a un incesante cambio de residencia, trabajo y exploración científica; esta vez en las áreas de la química, mineralogía y botánica; experiencias éstas aparejadas con su fulgurante ascenso como funcionario prusiano.

También se ha escrito que fue sólo a la muerte de su madre a finales de 1796 (Alejandro tenía 27 años), cuando desligado de todo contexto o atadura familiar —que no fuera su eterna y gratificante

unión con su hermano Guillermo— Humboldt decidió llevar a cabo su gran viaje ultramarino. Para la preparación del mismo, la cercanía y guía espiritual de Goethe le resultó magistral pues a partir de entonces terminó introducido definitivamente en el desafiante mundo de la Historia Natural. Este aparente reposo afectivo-sexual concluyó en París cuando a mediados de 1798 conoció, no con menos casualidad —por estar hospedado en el mismo Hotel Boston— a Aimé Bonpland; entablando con él quizás la más estrecha y perdurable de sus relaciones afectivas. Será este joven, y ya destacado médico y botánico francés, con quien precisamente realizará su larga y dura incursión en la Nueva Granada y durante la que Bonpland padeció tantos trastornos de salud, cuyas repetidas recaídas obligaron a Humboldt a extender y profundizar sus exploraciones y actividades científicas en dicho virreinato. Conforme lo dejó expresamente consignado a lo largo de toda su correspondencia, la estabilidad afectiva y estímulo científico recibido por Humboldt de parte de Bonpland, desde un comienzo de su relación, resultaron decisivas, no sólo para emprender la marcha común, primero a España y luego a las colonias americanas, sino para adelantar, luego en Europa, buena parte de la gigantesca labor científica que significó clasificar y describir la impresionante colección de muestras botánicas y geológicas traídas por ambos sabios; y a más de eso, editar las obras que ambos, pero sobre todo Humboldt, terminaron publicando durante el resto de sus vidas.

Aunque nada tenga que ver con su vida afectiva, y a pesar de no haber sido ello explorado de manera específica y detallada, cabría mencionar en último término el papel, no menos casual o circunstancial, jugado por la filiación y nexos masónicos de Humboldt. Éstos, además de haber favorecido su opción y decisión última de visitar y excursionar científicamente en la América española, parecen haber asegurado buena parte de los oportunos apoyos y colaboración que siempre recibió Humboldt a lo largo de su viaje hispanoamericano; bien fuera por funcionarios y autoridades locales, como por destacados miembros de la sociedad americana. Si bien no parece fácil admitir la existencia de vínculos claros y compromisos definidos entre las discutidas logias españolas y sus correspondientes inglesas, francesas o prusianas, lo cierto es que no deja de ser ciertamente apenas ocasional la relación existente entre el ascenso repentino de un Subsecretario de Estado a Primer Secretario del Despacho, el volteriano y reconocido masón Mariano Luis de Urquijo, y la llegada de Humboldt y Bonpland a Madrid. Y no menos inusitado podría parecer el inusual, rápido y entusiasta interés y apoyo que los planes y propuestas de Humboldt recibieron en la

Corte madrileña; gracias a lo cual pudieron éste y su compañero de viaje decidir a sus gusto el destino, recibo y estadía, no menos entusiasta y amplia, a lo largo y ancho del continente hispanoamericano; vivencias las cuales quedarán recogidas y agradecidas reiteradamente en sus *Extractos* o *Diario de Viaje*.

2. La Nueva Granada en el «*Diario*» y memoria de Humboldt

Si bien, como ya se advirtió, el propósito del presente trabajo no está destinado a analizar los pormenores de la visita que, por casi año y medio (marzo de 1801 a agosto de 1802), realizaron Alejandro von Humboldt y Aimé Bonpland al Virreinato de la Nueva Granada; lo cual ha sido detalladamente estudiado por diferentes historiados colombianos y ecuatorianos¹⁶, a cambio se estudiarán los principales temas que acapararon la estadía de ambos científicos en la actual Colombia y Ecuador.

Como se ha anticipado, se trata aquí de explorar, a través de las pocas fuentes secundarias conocidas, el pensamiento y sobre todo la crítica, personal o científica, que Humboldt hizo sobre diferentes materias durante dicho viaje, con posterioridad a su salida de la Nueva Granada. Tres serían las fuentes disponibles para tal ejercicio: En primer término, los *Extractos de su Diario de Viaje* referentes a la Nueva Granada¹⁷; en segundo lugar, su dispersa correspondencia, coetánea o posterior a su visita; y en último lugar, las Memorias y correspondencia sostenida con varios de los principales personajes neogranadinos y luego colombianos.

Como es conocido, los cuadernos o borradores manuscritos que conformaron su llamada *Relación de Viaje* en lo que respecta a su visita a la Nueva Granada quedaron, por más de un siglo, inéditos y prácticamente desconocidos desde la muerte del Barón en 1859 hasta la devolución de aquéllos —1959— por la Biblioteca Lenín de Moscú a la Biblioteca Nacional de Berlín, y su posterior edición colombiana de 1982. A pesar del contenido fraccionado, no definitivo y nunca sistemático de los diferentes temas que Humboldt anotó en dichos cuadernos¹⁸, parte de los cuales éste reutilizó parcialmente en vida con ocasión de varias de su obras (*Cosmos*, especialmente) y artículos científicos posteriores, es posible resistemizar el contenido de aquéllos y obtener, como se tratará de hacer a continuación, una idea bien clara de todo lo que tan tardíamente —como se ha dicho, un siglo después— este material aportó como pensamiento, y sobre todo vivencia

personal, de Humboldt respecto de esta antigua colonia española. Las múltiples valoraciones personales y su repetida crítica sobre la economía, sociedad y política española y novogranadina constituyeron, y constituyen aún hoy, un invaluable aporte bibliográfico y analítico al estudio de la historia colonial hispanoamericana. Este material, entrecruzado con las otras fuentes anunciadas, ayudará a la composición de los temas propuestos.

*Trópico, andes, sociedad y gobierno neogranadinos*¹⁹

Antes de tocar específicamente estas que podría ser las vivencias más repetidas de Humboldt en la Nueva Granada, resulta preciso recordar que al momento de partir de La Coruña, a comienzos de junio de 1799, ambos científicos no tenían para nada en mente pasar por las costas o Andes septentrionales de la América del Sur. Aunque nunca se ha dicho específicamente, no resulta extraño constatar que, después de informados en Madrid sobre el complejo entramado de las expediciones científicas españolas en Hispanoamérica, y teniendo todavía en mente unirse a la expedición de Baudin a partir de cualquier punto del territorio americano, el primer itinerario de Humboldt y Bonpland hubiera sido el litoral, Llanos y Orinoquía de la Capitanía General de Venezuela, donde precisamente aún no existía trabajo de campo alguno por parte española. La riqueza de sus hallazgos y elaboraciones científicas completados durante los 17 incansables meses (julio de 1799 a noviembre de 1800) de expedicionar, prácticamente sin descanso alguno, parecen haber gratificado y satisfecho plenamente a Humboldt; conforme puede leerse en su correspondencia venezolana y luego cubana, una vez arribados a dicha isla en tránsito hacia los Mares del Sur, vía México.

Recién llegados a La Habana ambos expedicionarios fueron informados de la partida de la expedición del capitán Baudin y su compañero Michaux. Conforme estuvo previsto originalmente, Humboldt y Bonpland decidieron salir al encuentro de éstos con la idea de regresar a Europa vía Filipinas y el Cabo de la Buena Esperanza «*y terminar así la vuelta al mundo*». Fue lo que le dijo Humboldt a su amigo Wildenow, 20 días antes de su embarque en La Habana donde confiaban aún encontrar un navío neutral que les llevase a Acapulco, para pasar luego a México y California, donde creían podrían unirse a los expedicionarios franceses. Fracasada esta alternativa y aceptando viajar hacia el sur del continente vía Cartagena y luego Lima, Humboldt y

Bonpland todavía continuaban mirando como meramente ocasional su arribo a las costas caribeñas de la Nueva Granada; tal cual lo repitió Alejandro a su hermano Guillermo, nada más llegar a Cartagena en abril de 1801.

Una vez más, los últimos eslabones que faltaban se unieron para determinar la presencia y trabajo científico de Humboldt y Bonpland en la Nueva Granada. La impericia del comandante del «*barquito*» que les transportaba -único medio encontrado para partir de Cuba hacia el Sur- y por la que casi desembarcan en Panamá; las maravillas y fantasías que el trópico suramericano les ofrecía; como la especial acogida que en Cartagena recibieron aquéllos de las autoridades, y sobre todo personalidades notables de este Puerto, en particular de parte del célebre José Ignacio de Pombo —tan cercano a Mutis y su *Expedición*—, determinaron que muy rápidamente Humboldt y Bonpland decidieran cambiar nuevamente el rumbo de su viaje; esta vez remontando los Andes del cono norte suramericano, para llegar más tarde a Quito y Lima.

El trópico vuelve a maravillar a Humboldt desde su placentero reposo en Turbaco —cerca de Cartagena- gracias a la casa y comodidades provistas por el mencionado De Pomb. Allí se encienden su vena poética y científica para alabar a la vez la raza, flora y fauna tropical. Como al llegar a Cuba y su recuerdo de Guayana, se acordará de refutar a De Paw: «*Que panorama ofrece nuestro jardín.. en Europa se afirma y se afirma ..que hacia el Ecuador la raza humana se degenera (mientras que los Caribes ..son una raza de gigantes, semejantes a Júpiter Olímpico en fuerza y conformación)..*». Igual le sucede con la plantas y la mayoría de aves de canto fuerte. Herborizar se le impone cada mañana y las maravillas crecen y le deslumbran como en el Orinoco: «*En Europa se cree que conocemos más de los 2/3 de la vegetación existente!*».

Su viaje por el Río Grande de la Magdalena rumbo a Honda y Santafé le obnubila nuevamente. La naturaleza europea no se le aparece superior a la tropical: «*En nuestros jardines ingleses las plantas no están agrupadas más pintorescamente que en esta naturaleza india donde la casualidad las ha congregado..*» Sin embargo, semejante paisaje no es nada más que eso, allí no hay lugar para que germine el Espíritu elevado: «*Las ciencias nunca florecerán en Mompox..*»

No obstante, los valles o planicies propiamente andinas no le impresionarán de tal manera, tal cual lo vivenciado nada más tocar la meseta o *sabana* de Bogotá. Aunque los «*trigales sonríen amablemente..*» la falta de árboles y el cerco de las montañas hacen el paisaje serio, frío y monótono, aunque el fragantísimo aroma de las

rosas europeas, allí trasmutadas en salvajes, le compensan el enorme sacrificio de haber subido hasta semejantes altitudes.

De paso para Popayán las maravillas naturales, como el puente en roca misma formado sobre el paso del río Iconozo le deslumbran nuevamente. Cerca de la frontera ecuatoriana sus «Ideas» sobre la vegetación le harán volver sobre De Pau: «*En el trópico hay máxima perfección física de la naturaleza orgánica. Tamaño. Densidad de las libras de madera... Inmensa altura de los árboles. Intensidad del color de las flores. Magnitud de las corolas.. un mundo desconocido para el que habrá que descubrir nuevos términos.. cada cosa es completa en si misma..!*» A pesar de lo invariante del clima. «*no hay nada parecido en Europa!* Es la energía de la vida interna. Tal es la exuberancia que un árbol caído sobre un camino impone cambiar el rumbo del mismo por ser más costoso y lento su corte, cosa que jamás sucedería en Europa.

Quizás la parte más densa en sus valoraciones personales contenidas en su *Diario* tenga que ver con el efecto que a cada momento le producen una sociedad y cultural colonial como la del Virreinato de la Nueva Granada; de los cuatro grandes reparticiones político-administrativas en Hispanoamérica, la menos preeminente y conocida en España y resto de Europa.

Obviamente, la primera en ser valorada es la sociedad cartagenera; y conforme será su hábito crítico al respecto, empezará por analizar sus gentes y costumbres. Lo variopinto de una ciudad y puerto de la importancia de Cartagena, le desconciertan: uno que otro joven inquieto por la ciencia y la cultura superior, coleccionistas espontáneos de minerales y piedras, esposas de oficiales y funcionarios absolutamente banales, algún refinado español o criollo; aunque los mayores elogios se los reserva a De Pombo, políglota, viajero, inquieto y refinado en sus gustos e instrucción. Sin embargo, la Semana Santa y sus absurdos rituales le hacen ver todo el fanatismo achacado por siempre a los españoles: la quema por doquier de «judíos» —muñecos de paja- colgados en todas las calles, y vestidos de franceses, durante el domingo de Resurrección, le parece una forma absurda de diversión popular. Esta burda parodia inquisitorial, largamente esperada y aplaudida por una fanática muchedumbre, tan sólo sirve para mantener vivos los autos de fe de tan repudiado Tribunal —todavía actuante en Cartagena— a lo largo de toda la Europa culta: «*Triste alegría la del pueblo, colgar y quemar un judío de paja..!*», crítica la cual seguramente hacía Humboldt en nombre de sus amigos y círculos judíos de Berlín y París.

Al médico francés Louis de Rieux, su privilegiado acompañante en su incursión por el río de la Magdalena (recién regresado de su prisión en España, víctima como había sido de la arbitrariedad e injusticia española al verse éste implicado en los procesos por la supuesta subversión pro-revolucionaria del año 95), le critica su doble moral. No admite que, por un lado, diga haber padecido, él y su familia, la persecución española por haber defendido supuestamente los ideales de la libertad e igualdad humanas, y tener a su vez en su hacienda a su servicio, cientos de esclavos. Esta situación le hace exclamar: *«..Miserable canalla humana que os hacéis pasar por filósofos en Europa..»*

En el orden de valoraciones personales no le merece mejor concepto el *«..despotismo..»*, largamente ejercido por pocas y todopoderosas familias en el Sur-occidente novogranadino. Los Arboleda de Popayán, en particular la *«asesina Lemus»*; quien a pesar de haber sido condenada por la Audiencia de Quito como autora intelectual del asesinato de uno de sus enemigos, gozaba de una vergonzosa impunidad, ya que sólo se aplicó la pena del caso a los esclavos que le ayudaron a cometer tal delito y *«..cuyas cabezas se ven en Popayán en las rejas»*; impunidad ésta que era consentida por el Obispo y la jerarquía religiosa del lugar. Menos explicable le parece que haya sido la familia del Conde Valencia quien haya creado y administre *«..por propia cuenta y privilegio real..»* la Casa de la Moneda de Popayán. Pero son esas familias poderosas, y antes que ellas los jesuitas, los que han consumado el atroz despojo de las tierras de los indios de Puracé, Coconuco y Poblazón. Esta ingente población, expulsada al *«más alto y frío espinazo de la cordillera donde la escarcha mata sus siembras de papas, repollas y cebollas, ..ve crecer los más hermosos cultivos de trigo en sus antiguas tierras de clima suave más benigno..»*; al fin y al cabo nada distinto de lo que hicieron en su momento, los nobles bárbaros alemanes en el norte europeo.

Los pobres indios del sur entre Pasto y Lima, como los negros del norte, le generan una gran conmiseración: *«..Los indios constituyen la clase humana más pobre y más aplastada, y un mal gobierno como el de aquí, aplasta.. pesadamente a la clase más pobre e indefensa..»* La venalidad de la justicia facilita el continuado despojo de tierra y culturas, de lo cual pasan curas y corregidores de indios. *«..En Pasto, Quito, Perú los indios han cambiado un excelente gobierno, como el de los Incas, por uno miserable, el español..»* Por su parte, cree Humboldt que la tremenda segregación que constata entre blancos, mestizos y negros e indios, estanca definitivamente todo progreso humano, social

y económico en tales países. Sin embargo, para Humboldt los naturales de Nueva Granada, como los de Venezuela, continúan constituyendo un Estado dentro del Estado colonial hispánico. Así lo quisieron y continúan queriendo las leyes indianas. Los misioneros y funcionarios impiden la convivencia entre blancos e indígenas. No obstante, Humboldt termina por quedar agradecido de tal laxitud del gobierno y sistema colonial español pues para él, como apara cualquier investigador extranjero, ha sido posible ver «*..cómo vivían los indígenas en el tiempo de la conquista y los españoles en el tiempo del gran Emperador.*» Incluso no dejar de admirar el mimetismo, tolerado incluso, que ha impregnado el culto religioso católico entre los indígenas: uso de danzas indígenas, con sus actores enmascarados, tatuados y vestidos a su usanza, danzando en un estilo bacanal durante la consagración, rituales que luego se repetían durante la procesión que seguía a la misa.

Las ciudades de la Nueva Granada, con las excepciones de Cartagena, Santafé de Bogotá y Quito, en general le parecen a Humboldt meras aldeas. De entrada no entiende las claves del urbanismo hispanoamericano, tan similar en la mayoría de los casos al peninsular, sin que se hubieran dado en América las condiciones que así lo determinaron en su momento en la España bajo medieval, de la cual se copió (defensa, por ejemplo). En principio, achaca a la poca imaginación o esfuerzo de los primeros conquistadores españoles la cómoda actitud de mantener el emplazamiento de caseríos o ciudades indígenas, lo que de entrada poco parecía satisfacer las necesidades mismas de la conquista y subsiguiente colonización. Lo segundo, haber decidido dichos asentamientos al azar, como le parece sucedió con Caracas, Trinidad de Cuba y La Habana. Para Bogotá podría haberse buscado una mejor situación: «*..Es una empresa realmente singular, el establecerse en la cima de una montaña de 1.300 toesas de altura* ²⁰, *en una altura que sobrepasa las crestas de los Pirineos, en una región que aún lleva todas las huellas de su condición anterior.*». Y como si fuera poco, les había dado por colgar sus capillas y ermitas en las faldas de los cerros circundantes (Monserrate y Guadalupe en Santa Fe). Honda está en un valle cerrado, no aireado y feo. Ibagué es una «*miserable aldea*». Popayán, si bien está en «*un sitio sumamente simpático y encantador.*», la ciudad está sin embargo miserablemente construida, casi peor que Mompóx, con su catedral en escombros; la casa del Gobernador es una miserable choza y la Casa de la Moneda es apenas una «*casita*» donde, no obstante, se acuña 1 millón de pesos anualmente. Una vez más, todo por seguir la manía de construir sobre la antigua sede de los cacicazgos precolombinos.

Pero tampoco se reparó en las «..dañosas consecuencias políticas y morales..» que se seguirían de emplazamientos como los de Santa Fe, Popayán y Quito, puesto que, además de la aspereza del clima, quedaron estas capitales sometidas por siempre a una riesgosa dependencia de aprovisionamientos lejanos y costosos; lo cual conlleva una excesiva concentración de hombres y recursos en el transporte de tales abastos. El caso de la provincia minera del Chocó le parece todavía más patético y ruinoso, dado que semejantes e inhóspitos lugares deben abastecerse, casi por completo, por vía fluvial o marítima, desde las lejanas provincias de Popayán y Antioquia. Por lo demás, el sistema de cultivo, y la indolencia con que se explotan las ricas praderas que circundan las grandes capitales y puertos, aumenta y encarece los abastos de éstas. La ganadería resulta miserable en medio de tan «*inmensos campos*», y la carne es más barata en la Habana y otras islas, aún en tiempos de guerra exterior. La explotación del azúcar de caña en Guaduas le parece absurda, pues estima que 24 valles similares al que rodea dicha ciudad, producirían más azúcar que toda la isla de Cuba. El tráfico de ganado desde Los Llanos Orientales y los valles de Neiva, para proveer de carne sólo a Santafé, lo considera absolutamente ruinoso; tanto por el penoso castigo impuesto al ganado a través de los horribles caminos y despeñaderos por los que éste debe transitar, como por la falta de postas de reposo para el mismo; tal cual alguna vez quisieron intentarlo los expulsados Jesuitas desde sus confiscadas haciendas y hatos del Casanare.

Este asunto de los abastecimientos le parece pues absurdo y antieconómico, no sólo por razones del deficiente y costosísimo sistema de producción interna, sino por las indescifrables dificultades de transporte —pocos o pésimos caminos- y almacenaje. Menos aún entiende que las autoridades, no sólo civiles sino militares, y sobre todo religiosas, rivalicen irreconciliablemente entre sí enredados en una serie de celos, pleitos y resentimientos parroquiales, impidiendo de tal manera el progreso físico, tan necesario a pueblos y gentes. El más expresivo de los ejemplos es la no construcción definitiva del tan necesitado *camino de los Andes*, llamado a abrir el paso a la *Cordillera más grande del mundo*. No obstante aplaude Humboldt la forma como los vecinos de varios municipios decidieron financiar por su cuenta, bien el «*hermoso puente de piedra*..» sobre el Rio Cauca cerca de Popayán, «*comparable a los más grandes de ciudades europeas*..», el *Camino del Quindío*; así se hubiera atentado en esta ocasión contra el sistema, no menos absurdo, de aranceles y peajes privados cobrados por hacendados poderosos que medraban de tales privilegios reales usufructuando la explotación de los viejos

caminos indígenas. En particular se lamenta Humboldt de la pugna sostenida entre dos notables personajes, el gobernador Nieto del Cauca y el arzobispo de Popayán, empeñado cada uno en no dejar prosperar las ideas del otro para la construcción del camino del Patía; otra no menos urgente obra en el sur-oeste neogranadino,.

Por ir aparejado al ruinoso sistema de caminos y peajes intercordilleranos, Humboldt tiene repetidas críticas y lamentos muy hondos en contra de los inhumanos sistemas de los *bogas* del Río Magdalena y *cargueros* de los Andes; éstos últimos los cuales él y Bonpland, por mero principio humanitario, se negaron a utilizar en cada ocasión: «*Es imposible imaginar una vida más miserable y sin dinero.. rebajados a verdaderos animales de carga*», ya no por lo vil del empleo, sino por la forma cruel y despiadado con que los usuarios solían tratar a tan míseros porteadores. Pero peor le parece que sean precisamente estos cargueros los que se opongan al mejoramiento de las caminos, al suponer éstos que con ello se seguiría una disminución de su trabajo e ingresos. Más absurdo le pareció todavía que la Audiencia de Santafé hubiera acogido tales quejas y prohibido ciertas obras de reparación o mejora infraestructural; habiendo con ello impedido la liberación de una mano de obra que bien podría haber sido utilizada más eficiente y productivamente en otros sectores económicos de la colonia.

Y el asunto no es sólo los pésimos caminos, ni la casi inevitable necesidad de tales cargueros, sino el horrible y miserable sistema de las mal llamadas «postas» en chozas indígenas, y en su caso en las «*rancherías*», que por igual construyen los porteadores y deshacen, con singular con rapidez y eficiencia en cada ocasión; admitiendo, sin embargo, que las mismas resistían satisfactoriamente las pavorosas tormentas tropicales o andinas, y demás acechos climáticos a que estaban expuestas éstas viviendas trashumantes.

Pero es algo más que lo meramente físico o material lo que exaspera a Humboldt. Agudas críticas le merece el cinismo con que se ha institucionalizado el contrabando a lo largo y ancho de todo el territorio novogranadino, y sobre todo que sean los principales personajes de cada localidad los que impunemente explotan y se benefician de tan ilegal tráfico, con todas las pésimas consecuencias que estas dolosas prácticas acarrearán para la hacienda y moral social de la colonia. El entramado mafioso cubre todo el virreinato. Cartagena no tiene comercio. Todas las provincias están llenas de contrabando. Este tráfico ilegal, procedente de Jamaica o Curazao, ingresa por Cartagena, Santa Marta o Valledupar pasando a sus destinos intermedios de Mompóx y Honda; desde donde se redirige, por los ríos Grande —Magdalena—, Cauca, Opón o Sogamoso

hacia Santafé, Antioquia, el Chocó, Cali, Popayán o Quito. Por el centro, y desde Honda, se aprovisiona una vez más Santafé, como igualmente a Ibagué y Neiva; y por el oriente, desde Mompóx se sirven Ocaña, Vélez, Tunja y Santafé nuevamente; vertiente ésta igualmente alimentada desde Ríohacha o Maracaibo, vía Valledupar.

Humboldt, hombre recio, duro y de vitalidad y salud insuperables, que efectuó casi todo el recorrido andino a pie, no puede dejar de contrastar lo rudo y excesivamente riguroso del trabajo de bogas y cargueros con el ablandamiento generalizado de los hombres —jóvenes, maduros y viejos- de las clases media —casi inexistente- y alta de Santafé y Quito: *«..Dado lo afeminado de los americanos, el que no quiere caminar a pie se deja cargar, lo cual constituye una vergüenza para los hombres blancos..»*. Lo afeminado en los jóvenes de Popayán lo asocia con una cultura ciertamente superficial y una general indolencia por el saber científico. Así se lo dijo a Mutis desde dicha capital el 10 de noviembre de 1801: todo parece quedar reducido a recitar en público algunos pasajes de Tissot: *«..Todos saben química y física porque han visto «El Espectáculo de la Naturaleza». Por lo demás, es muy débil el amor a las ciencias de que tanto se lisonjean sus habitantes..»* Nadie se ha ofrecido siquiera a acompañarle a él y Bonpland a sus excursiones difíciles a campo abierto y, en particular, en su ascenso a los nevados y picos circundantes. Igualmente lo comentó a Mutis: *«..Ninguno nos ha preguntado el nombre de una planta , ni de una piedra.. ninguno ha examinado las maravillas que tiene alrededor de sí..»* Esto último con la excepción notable, como se anticipa a decirlo Humboldt, del joven astrónomo payanés Francisco José de Caldas, sobre lo que se volverá en otro apartado ²¹.

Esta flojera generacional y hasta cultural la asocia Humboldt con el «hiperbolismo» de blancos e indígenas, quienes antes de describir cualquier camino, paso o recorrido difícil, se anticipan a ponderarlo como «*prodigioso*» e incluso «*monstruoso*» cuando en realidad resulta apenas algo difícil, pero nunca insuperable. A su turno, la superficialidad, lo rudimentario de los modales y hasta la impertinencia y chabacanería de funcionarios y notables, sus esposas e hijos en buen número de las ciudades y aldeas recorridas, ocupan repetidas líneas en el *Diario novogranadino* de Humboldt.

Su crítica al Gobierno español

Aunque los *Extractos* del *Diario* de Humboldt fueron un manuscrito privado, nunca destinado a ser publicado tal cual, y a pesar de los

manifiestos esfuerzos que trata de hacer éste en contra, resulta evidente constatar que no pudo dejar de consignar en los mismos una reiterada y hasta ácida crítica respecto del sistema de Gobierno colonial español, tal cual era lo usual respecto de la ilustración europea de su época.

Fuera de las observaciones políticas y económicas implícitas en las anotaciones del apartado anterior, lo que más llama la atención a Humboldt es el relativo abandono en que la corte de Carlos IV y su valido Godoy han tenido a sus ricas colonias americanas. Se compara lo anterior con los mínimos esfuerzos que ha hecho España recientemente para modernizar los sistemas de explotación minera, agrícola y pecuaria, al menos en la Nueva Granada. Así lo consignó en su extraordinaria memoria sobre la defectuosa explotación y mediocres rendimientos de las minas de Sal de Zipaquirá, al estar la misma basada casi por completo sobre el antiguo sistema indígena. No menos extensa y prolija es su crítica y plan de reforma de la explotación de oro y acuñación monetaria de Popayán y Santafé. Y desde luego son repetidas sus críticas sobre el desconocimiento absoluto que se tiene en las colonias, y por lo demás en la metrópoli, sobre las inconmensurables riquezas de todo tipo —en particular minera— que él y Bonpland van descubriendo cada vez que avanzan un paso en su expedición. Así lo apuntó explícitamente desde Mariquita al constatar el fracasado, y nunca bien entendido esfuerzo, del ya difunto Juan José de D'Elhuyar para revivir las minas de plata de la región de Santa Ana; y luego desde Lima, a comienzos de noviembre de 1802, en su relación al Virrey Pedro de Mendinueta sobre el pésimo estado de las minas de Chota y Guayoz situadas en la Presidencia de Quito ²².

En Pandi lamenta la reciente política de reasentamiento y reagrupación de poblados indígenas, ordenados desde el reinado de Carlos III, buscando una mayor integración del mercado colonial interno. Pero todavía impugna con más énfasis que se haya querido dar marcha atrás en algunos casos ordenando la Corona tardíamente la devolución de las tierras expropiadas a sus naturales; e incluso que se haya querido reconstruir luego pueblos y culturas imposibles de restaurar en su valor y significado cultural y social originales.

También tiene Humboldt un acerba crítica al despotismo con que se maneja la vida intelectual en el virreinato. Conoce y lamenta la tragedia de los injustamente encartados como reos del *Proceso de los Pasquines* y *Expedientes de Subversión* del año 95, y en particular los casos del médico francés, Louis de Rieux —ya mencionado— y en especial del entonces proscrito *Precursor* Antonio Nariño, con uno de

cuyos hijos —Antoñito- viajó de Cartagena a Honda. No menos indignación le causa el sibilismo con que el arzobispo- virrey Caballero y Góngora trató a Jorge Lozano —Marqués de San Jorge— y a sus hijos —quienes fueron sus cercanos amigos en Santafé— por disentir aquél honestamente de la política de dicho gobernante, en particular con ocasión de la Rebelión Comunera de 1782. A su vez, casi se burla del supino desconocimiento que se tenía en la Península sobre la geografía de la Nueva Granada, al imponer traslados de personas y procesos judiciales entre Quito, Cartagena y Santafé como si se tratase de poblaciones contiguas.

La historia y etnología del Virreinato

La curiosidad y universalismo intelectual de Humboldt no excluyó prácticamente ningún tema a tratar durante su incursión hispanoamericana. En lo tocante a la Nueva Granada, tanto se dejó fascinar por las maravillas que le ofrecía la naturaleza tropical y andina, como por la variedad étnica y cultura de los diferentes pueblos indígenas que se encontró en su camino. Así lo anotó nada más llegar a la Sabana de Bogotá y hallar los restos de la única civilización indígena propiamente tal que hasta entonces había podido conocer en su expedición americana. Le admira constatar las crónicas del padre Acosta (1590) según la cual, a pesar de ser estos pueblos «*bárbaros y salvajes*» estaban exentos de divisiones de credo o políticas. Acoge las leyendas que hablaban de la presencia de «*3 extranjeros barbados*» (¿Lapones o Celtas?), el principal de ellos Bochica, que habían inducido en tales tribus principios de una alta racionalidad económica y cultural. El nombre indígena de *Cundinamarca*, dado a la actual Nueva Granada, le suena a toponimia nórdica. La vestimenta de algodón usada por los nativos de las regiones montañosas cercanas a Santafé —antigua Bacatá- le lleva a proponer la hipótesis de una inequívoca «*influencia moral de las montañas...*» en pro de una «*cultural espiritual más rica*» (Nueva Granada, México y Perú) respecto de aquellas poblaciones indígenas que habitaron la costa (Caracas) o las orillas de los ríos tropicales (en la Guyana los ríos Orinoco, Negro y Marañón), donde la feraz naturaleza da todo sin mayor esfuerzo y sin exigir vestimenta alguna; culturas éstas carentes de un verdadero arte nativo.

Llegado a Lima se apresuró a narrar sus inquietudes a su hermano Guillermo (25 de noviembre de 1802²³): Los jeroglíficos o inscripciones que ha visto desde el Páramo de Guanacas hasta Uruana y el Ca-

siquiare los descodifica en verdaderas letras y escritura cuadrada cífica, todo lo cual le hace pensar en la preexistencia de pueblos muy evolucionados. Más maravillado quedó luego de tener entre sus manos, gracias al *Rey de los Incas*, Leandro Zapla, que vivía en Lican, el manuscrito que sus antepasados redactaron en el siglo XVI en lengua quechua conteniendo crónicas de dicha época y en particular la erupción del volcán llamado «*Nevado del Altar*», premonitorio de la destrucción del incahato por parte de los dioses a favor de los nuevos conquistadores europeos. Este documento, las tradiciones recogidas en Parima y los ya citados jeroglíficos, inducen a Humboldt a prometerse escribir la historia de tales pueblos, y superar lo que ha quedado recogido sólo por la pluma de Clavijero. Refuta de paso a La Condamine sobre la pobreza de las lenguas nativas americanas que, como la Caribe, era rica, bella, enérgica y suave, apta para expresiones abstractas y dotada de un sistema numérico completo. Todo lo anterior, basta para probar que un día América poseyó una cultura superior a la que hallaron los españoles en 1492: Ee México y Perú e incluso en la «*Corte del Rey de Bogotá*», en todos los casos sus sacerdotes sabían trazar una meridiana y determinar los solsticios; el año solar se deducía por intercalaciones, como lo probaba la piedra heptágona que encontró cerca de Bogotá para el cálculo de los días intercalares. En Parima los nativos creen que la luna está habitada por hombres, y saben que la luz les viene del sol.

El «*Camino del Inca*» construido a 2.300 toesas [4.476 mt] sobre el nivel del mar le impresiona enormemente, tanto como el «*más bello camino romano*». Igualmente maravillosos le parecieron las ruinas del *Palacio del Inca* en Cajamarca, y al Virrey Mendinueta (Lima, 7 de noviembre de 1802)²⁴ le alaba los restos de arcos del mismo, lo cual ya había anticipado La Condamine en su disertación ante la Academia de Berlín; pero duda que éste haya visto el *billar del Inca*, canapé tallado en roca y adornado de «arabescos pobescos» por donde rodaba una bola: «..No hay nada más elegante en nuestros jardines ingleses».

«*Los indios son los únicos geógrafos de las Indias...*» Poseen un instinto nato que les permite tener rápidamente ideas exactas sobre las distancias y las orientaciones según la posición del sol, y poseen además una memoria geográfica prodigiosa, gracias a lo cual confiesa Humboldt le fue muy super fácil dibujar el mapa del Orinoco. No sucede lo mismo con los oficiales españoles que trazan y hacen caminos sin mapas claros y precisos, como pasó con el malogrado camino del Opón.

La técnica indígena del *barniz de Pasto* llamó sobre manera la atención de Humboldt. Si bien se desconoce el árbol que da tal producto, cuyo cultivo, como la base manual de tal tipo de decoración, son de origen indígena, la que desde el siglo XVII popularizaron los españoles. Para satisfacer la curiosidad europea han enviado varios colección de semillas al Museo de París desde Popayán de las que los indios extraen tal barniz, explicando la técnica artesanal de procesamiento a efectos decorativos.

*Sus «proyectos ilustrados»*²⁵

A la par que Humboldt criticó o alabó en su *Diario* a personas, instituciones, usos o costumbres de la Nueva Granada, se preocupó por parejo de sugerir y proponer, incluso por medio de memorias escritas, múltiples ideas y propuestas destinadas a la Corona española, todo ello al mejor estilo de los *proyectistas ilustrados* españoles que, bajo el reinado de Carlos III, inundaron despachos de ministros y personajes notables de la época tendientes todos ellos a rehacer el Imperio español americano.

Ya desde La Habana en su carta a su íntimo Wildenow (21 de febrero de 1801)²⁶, y después de haber pasado dos años en Venezuela, creer haber empezado a superar el singular prejuicio que «..los europeos del Este y del Norte, tenemos... contra los españoles..» llegando a la conclusión que Hispanoamérica, a pesar del «..despotismo de Estado y de la Iglesia, avanza a pasos de gigante hacia su desarrollo, hacia la formación de un gran carácter..».

Durante su parada en Mompóx, navegando por el Río de la Magdalena hacia Honda y Santafé, Humboldt reflexiona sobre la desapercibida —y desaprovechada— preponderancia numérica de lo español en el mundo de entonces. Siendo el español la lengua más hablada es la menos conocida en Europa. Y no sólo eso: a excepción del árabe y chino, ningún otro idioma está más extendido por el mundo que el español, lo cual lo haría casi universal de sumársele el portugués como dialecto suyo; para concluir que si alguna vez los españoles, dotados de «*libertad política y formación intelectual*» decidiesen usar su idioma como podrían hacerlo, tendría una muy favorecida predominancia internacional.

Al analizar los estratos de hulla en los alrededores del Magdalena bajo predice la posibilidad de un extraordinario desarrollo metalúrgico en todo el virreinato, ya no sólo con fines domésticos sino de exportación

(Jamaica). Este proyecto lo asocia como un necesario sustituto a la tala y desmantelamiento furioso (por quema) que se hace de los bosques novogranadinos, donde existe un desmesurado uso de la madera para fines doméstica y mineros. Similar importancia, económica y comercial, le asigna a los inconmensurables yacimientos minerales que por doquier va encontrando: yeso, sal gema, *manantiales* de cloruro sódico, cobre, oro, plata, platino, amianto, cales férricas, lignito.

Respecto de minerales o materiales menos importantes, se maravilla del magnífico basalto volcánico —«*el más puro y terroso que jamás vi*»— de tantos usos, entre ellos los decorativos, al igual que las obsidias de Quito maravillosamente tratadas por los indios, no siendo menor su ponderación de las ricas y variadas arcillas encontradas.

Las esmeraldas novogranadinas de Muzo y Coscuez son para Humboldt únicas en el mundo. El prolijo análisis que hace de la explotación de los 2.2 millones de pesos de oro extraídos anualmente del virreinato —Cáceres, Zaragoza y Guamocó— y de los sistema de acuñación monetaria, están dirigidos a proponer una reordenación de tan crítico sector en el Virreinato e Imperio español. Igual sucede respecto del por él llamado *oro blanco*, de *Marmato*, platina o platino del Chocó, el cual podía ser la redención para tan compleja región al propiciarse una explotación y comercio exterior más racional. Su extensa y pormenorizada memoria sobre la arcaica extracción, procesamiento y comercio de las salinas de Zipaquirá y su necesaria reconversión, son de extremada finura conceptual y metodológica.

Pero, sin lugar a dudas, su mejor contribución «proyectista» fueron sus detalladas propuestas para el estudio y posterior construcción de un canal interoceánico utilizando las conexiones fluviales naturales existentes, que describe en detalle; ya no sólo como vía indispensable para el tránsito interoceánico —en un principio para pequeños botes— sino como medio de movilización y aprovisionamiento racional de la inhóspita región del Chocó, donde sólo es posible la comunicación por los ríos y costas. Dicho canal aceleraría los intercambios marítimos directos entre Cartagena y Lima y el intermedio Quito; esto último en un comienzo permitido fugazmente por el arzobispo-*virrey* Caballero y Góngora.

*Sus nexos con Mutis y otros personajes notables*²⁷

No fueron más de dos los contactos propiamente científicos que mantuvieron Humboldt y Bonpland durante su estadía en la Nueva Granada. Su primer y bien ponderado encuentro fue en Cartagena,

reción desembarcados, con «el señor [Joaquín Francisco] *Fidalgo*», comisionado por la Corona española para levantar los nuevos mapas de las costas caribeñas de la Nueva Granada, cuyo buen instrumental y bien realizadas tareas elogia Humboldt tanto en su *Diario* como en la carta a su hermano Guillermo desde Contreras (21 de septiembre de 1821)²⁸.

Como se ha anticipado, fue su decisión de ver y encontrar a José Celestino Mutis lo que le determinó a remontar los Andes del norte suramericano y poder así apreciar in-situ los adelantos científicos del ya reputado sabio gaditano, a quien considera «*amigo de Lineo*». No fueron pocos, ni medidos los elogios que dedicó Humboldt en su momento al Director de la *Expedición Botánica* de Santafé de Bogotá, como tampoco fueron menores su posterior reconocimiento y exaltación por uno y otra, una vez regresado Humboldt a Europa. Como se sabe, su *Ensayo sobre la Geografía de las Plantas* (*Geographie des Plantes*, tomo 27 de la edición monumental, París 1805), fue dedicado al sabio Mutis, obra que adornó con un retrato suyo, declarándole además coautor implícito de dicho trabajo, cosa que insinuó una vez más en su *Tabla física* anexa. Así también, en su *Ensayo político sobre el Reino de Nueva España*, Mutis fue llamado por su colega prusiano «...uno de los más grandes botánicos del siglo».

Todo empezó con el magnífico —y en cierta forma inesperado— recibimiento que Mutis dispuso para Humboldt y Bonpland a su llegada a Santafé, el cual le pareció a aquél excesivo, desproporcionado y en alguna forma casi cursi. No obstante, y no sin expresa jactancia, éste se había preocupado de endulzar previamente desde Cartagena la vanidad y celo científico de Mutis, halagándole con ser él y su obra científica los únicos y definitivos motivos para someterse al sacrificio de subir el Magdalena (45 días gastó) y ascender luego a Santafé de Bogotá, conforme lo dejó escrito en su *Diario*. El alojamiento especial —en una casa anexa a la suya, que era la de la Expedición— y la extrema generosidad con que Mutis le permitió a Humboldt, no sólo conocer todo lo que éste y Bonpland quisieron indagar, e incluso copiar sobre su obra, sino la apertura total de su insospechada biblioteca —la cual maravilló a Humboldt hasta tal punto que no vaciló en compararla con la de Banks en Londres— así como las facilidades, apoyos y estímulos que dio Mutis a ambos expedicionarios para su trabajo en Santafé y sus alrededores terminaron por comprometer eternamente el reconocimiento y gratitud del sabio alemán.

Humboldt dejó consignado en su *Diario* un detallado bosquejo biográfico de Mutis. Primero como promotor singular de la «nueva filosofía»,

el sistema coperniquiano y la física newtoniana, además de la enseñanza de la química, anatomía, fisiología, zoología y desde luego botánica; obra la cual le dijo aquél haber iniciado nada más llegado a la capital del Virreinato en 1763. Lo anterior resultó más meritorio a los ojos de Humboldt al constatar que con ello Mutis había expuesto su cabeza en medio de la permanente asechanza de los tomistas y peripatéticos padres dominicos, agentes de la Inquisición en Santafé; esfuerzo didáctico el cual, mal que bien, logró sobrevivir a los perniciosos efectos derivados de los procesos sobre subversión montados por la Audiencia, el Virrey Josef de Ezpeleta y el arzobispo Martínez de Compañón en 1795 en contra de la más brillante intelectualidad novogranadina.

En Quito decidió Humboldt sin vacilación alinearse en torno a Mutis reconociéndolo como único descubridor de las Quinas de Santafé, y en particular del género llamado *Chinchona*, al conocer la memoria que el canónigo Dr. López Ruiz de la catedral de dicha ciudad le mostró a aquél por la que se alegaba, con demérito de Mutis, que su hermano, el médico panameño, Sebastián José López Ruiz, reclamaba ser el descubridor de dichas quinas, y para lo cual había encontrado el inicial respaldo en Madrid de Casimiro Gómez Ortega, no menos enemigo de Mutis. Desde dicha ciudad Humboldt defendió ante López la prioridad del descubrimiento de Mutis en 1772, tres años antes que lo alegado por aquél. Más tarde y desde Lima (la citada carta 7 de noviembre de 1802) repitió su defensa en favor de Mutis en carta al virrey Mendinueta. Ya en México, Humboldt adicionó su *Diario* conteniendo los argumentos de la defensa de Mutis y explanándose con otros descubrimientos y aportes de éste derivados de la Quina (cerveza de quina). El 22 de abril de 1803, todavía en México, Humboldt escribió especialmente a su amigo Josef de Cavanilles, codirector de los *Anales* (en la cual fue publicada dicha carta, Vol.VI) y para entonces director del Real Jardín Botánico de Madrid, para terciar nuevamente en favor del que ahora llama con singular cariño «venerable Mutis»²⁹.

Conforme lo reiteró desde México a J.B. Delambre, director del Instituto Nacional de Francia, (25 de noviembre de 1802³⁰), fue la generosidad espléndida que tuvo Mutis con Humboldt lo que le granjeó la eterna gratitud de éste. Y en verdad, no deja de parecer un tanto singular tal actitud de Mutis, puesto que en tanto éste se negaba sistemáticamente a remitir a Madrid los resultados y depósitos de su *Flora de Bogotá*, decidió obsequiar a Humboldt «...cerca de cien magníficos dibujos en folio mayor, que representan nuevos géneros y nuevas especies de su flora de Bogotá manuscrita...»; adicionando a lo anterior un sin número de cortezas, tallos y esqueletos que sobre la *Chinchona*

y otras tantas especies nuevas y aludidas por Humboldt, le fueron igualmente obsequiadas, y de las cuales éste dispuso remitiéndolas a diferentes destinatarios científicos en Europa.

Un incidente «pasional» con desenlace fatal

Como ya se advirtiera, la generalidad de los biógrafos de Humboldt concuerdan que éste fue desde muy temprano —19 años— un hombre de agitada y casi ininterrumpida vida social y afectiva. Apasionado contertulio de los principales salones de Berlín, París y Viena, dejaba finalmente muy pocas horas al sueño reparador, y gracias a su extraordinaria vitalidad física y mental jamás redujo su igualmente febril trabajo científico. Poco se conoce de su actividad social en Madrid, que para entonces no era muy diferente a los agitados ambientes de las ciudades capitales europeas. Sin embargo, y conforme puede deducirse de su *Diario de Viaje*, y en particular a lo contenido en los *Extractos* correspondientes a su estancia en la Nueva Granada, al menos hasta su llegada a Quito, poco o nada extraordinaria fue la vida social de Humboldt y Bonpland en Sur América.

Con la excepción de Cartagena, siempre bulliciosa, mundana y banal, y las recogidas y hasta pacatas sociedades de Santafé y Popayán, absolutamente ningún halago social podía ofrecerle el resto de aldeas y comarcas del Virreinato en las cuales de detuvieron por algún tiempo ambos expedicionarios. Aunque de una parte Humboldt admira y reconoce en su *Diario* el sin número de atenciones y hasta desmedidos agasajos —su ingreso a Bogotá, por ejemplo— que continuamente se le dispensaron a él y a su compañero Bonpland, son múltiples y más numerosas las críticas que Humboldt consignó en dicho *Diario* respecto del pobre, y casi siempre cursi, estilo y tipo de vida social propia de tales pueblos y en particular de sus principales personajes, que en dichos parajes fueron sus obsecuentes hospedadores.

No obstante lo anterior, todo cambió en Quito, al menos para Humboldt. Aunque su estadía en estos parajes no estaba originalmente prevista como larga, lo cierto fue que permaneció 6 meses en el sur neogranadino. Tanto el recibimiento y agasajos que se organizaron en su honor por el Gobernador José de Carondelet y Calderón, y la no menos deferente acogida y generoso hospedaje que les dedicó, en varias de sus haciendas, el Marqués de Selva Alegre —cabeza de la influyente y muy poderosa familia Montúfar—, como en particular en razón del extraordinario mundo de desafíos científicos que los volcanes quiteños

y la exuberancia de la flora adyacente, terminaron por alargar la estadía y disfrute de Humboldt y Bonpland en Quito.

Pero fue precisamente en esta capital donde su vida afectiva quedó vinculada íntima y sentimentalmente con la de dos jóvenes personajes del virreinato. Por una parte, el extraordinario astrólogo payanés Francisco José de Caldas, y por otra, el joven quiteño, militar como casi todos los de su clase, Carlos Montúfar, hijo del ya citado Juan Pío, Marqués de Selva Alegre. Infortunadamente, las páginas correspondientes al *Diario* de Humboldt a tales fechas fueron destruidas, probablemente por su autor, quedando como fuentes de lo realmente acontecido algunos pocos testimonio secundarios, entre ellos la correspondencia posterior del citado *sabio* Caldas; desafortunadamente parte activa en los acontecimientos del caso.

A pesar de su inicial formación como jurista, para diciembre de 1801, cuando Humboldt y Bonpland llegaron a la frontera de la Audiencia de Quito, el ya no tan joven payanés (tenía 33 años), Caldas residía en Quito atendiendo un mal pleito familiar pero principalmente dedicado a las Ciencias y con la promesa cierta, gracias a la influencia de su ilustre paisano, una vez más José Ignacio de Pombo, de vincularse a la *Expedición Botánica* al lado de Mutis. Fue éste quien le habló a Humboldt en Santafé del prodigio científico autóctono de Caldas a quien por aparte, y con suficiente anticipación, le recomendó unirse a los expedicionarios europeos durante su paso por la Presidencia de Quito.

No sin gran sorpresa, Humboldt constató personalmente en Popayán, al ver y leer las observaciones y métodos empíricos empleados por Caldas para sus mediciones astronómicas, el prodigio científico que en verdad era este novogranadino. Por su parte, con gran alborozo —ciertamente júbilo— Caldas se anticipó a recibir a Humboldt y Bonpland en Ibarra y desde entonces tuvo por propósito convertirse en la sombra del sabio alemán; pretensión a la que inicialmente éste correspondió, franqueándole un pleno acceso a sus colecciones, libros, aparatos y métodos de medición, e incluso su *Diario y apuntes de viaje*, como lo corroboró el mismo Caldas a Mutis. Desde un momento el neogranadino se ilusionó con continuar al lado de Humboldt rumbo a Lima y México, para lo cual concretó en Cartagena el apoyo personal y financiero, nuevamente de su influyente padrino José Ignacio de Pombo y, por su intermedio, del mismo Mutis³¹, quien no vaciló en pedírselo expresamente al mismo Humboldt, lo cual poco satisfizo a éste. Entre otras cosas fue Caldas quien en su momento ayudó a Humboldt a preparar y remitir, desde Quito, la caja de muestras mi-

neralógicas enviadas por éste último con destino el Gabinete de Ciencias Naturales de Madrid.

Sin embargo, y a pesar de sus esfuerzos iniciales, y por razones nunca esclarecidas, Caldas terminó por granjearle el desafecto paulatino del vital Humboldt quien muy pronto lo calificó de débil físicamente, y por lo demás, científico de cubículo, y como todos los de su generación, ajeno al arduo trabajo de campo; cosa la que éste posteriormente desmintió con su admirable labor científica en el Sur, previa a su vinculación de lleno de la *Expedición* de Mutis. Desafiado por Humboldt y Bonpland, casi obligado y herido en su amor propio, Caldas se vio precisado a acompañar a ambos científicos durante sus dos dramáticas ascensiones a los volcanes del Pichincha e Imbaura (junio de 1802); «hazañas» con las que Caldas quiso testimoniar a Humboldt que no era tan flojo físicamente; máxime cuando ya para entonces Bonpland le había anunciado que no se le llevaría a Lima y México «..por débil».

Para su mayor desgracia no sucedió lo mismo con el sí joven (23 años), vigoroso, alegre y reconocidamente mundano teniente coronel de milicias Carlos Montúfar, hijo del anfitrión de los expedicionarios europeos. Todo indica que fue éste quien introdujo y organizó para Humboldt la que el citado Caldas, luego de recibir de parte del mismo Humboldt su negativa de llevarle a Lima y México, denunció ante Mutis como la más frívola, libertina y hasta vergonzosa estadía de Humboldt en Quito, al participar éste públicamente en diversiones llevadas a cabo en casas y círculos de la capital quiteña reputados de «*mala fama...*» Lo cierto es que fue el coronel Carlos Montúfar, y no el astrólogo Francisco José de Caldas, quien terminó acompañando a Humboldt y Bonpland en su viaje; ya no sólo a Lima, México sino a los Estados Unidos y París. Desde Riobamba (9 de junio de 1802) ³² Caldas relató a Mutis haber visto partir al sabio alemán «..con su *Adonis rumbo al sur...*»

Todo indica que Humboldt no guardó ningún resentimiento posterior por Caldas. Nada más llegar éste a México —el 29 de abril— ³³ en la tantas veces citada carta a su íntimo Willdenow, al enumerarle los destacados botánicos que había tratado en Santafé, dijo del que luego fuera llamado *sabio*, un valioso comentario: «...*El señor Caldas en Popayán es también un naturalista eminente y lleno de celo...*». Pero no fue este el único reconocimiento de Humboldt, ya que éste siguió con permanente puntualidad los trabajos y aportes astronómicos que Caldas hacía desde Bogotá, entonces incorporado de pleno a la *Expedición Botánica*, a la vez que ejercía como Director del primer Observatorio Astronómico de la América española. Como cofundador del «*Semanario*

del Nuevo Reino de Granada», Caldas incluyó noticias y observaciones astronómicas del Virreinato las que sirvieron a Humboldt para adicionar marginalmente varias apuntes de su *Diario*. Caldas incorporó igualmente en su periódico algunas de las observaciones de latitud efectuadas por Humboldt en su visita a la Nueva Granada, las que tuvo éste, como ya se dijo, oportunidad de conocer directamente, e incluso copiar, por deferencia del Barón.

Ambos personajes novogranadinos, Caldas y Montúfar, habiendo seguido dos trayectorias muy diferentes, terminaron por tener un mismo y fatal destino. El quiteño, luego de acompañar a Humboldt hasta París, pasó a Madrid donde se había educado —en el Colegio de Nobles—; y tras los inicios de la resistencia napoleónica, terminó regresando a Sur América como Comisionado de la Regencia española para Quito junto a Antonio Villavicencio —quien lo fue para Santafé—. Traían ambos el difícil encargo de asegurar, por parte de los «*inquietos criollos*», el reconocimiento y acatamiento de Quito y Santafé de las nuevas autoridades peninsulares. En Quito, el padre de Montúfar había encabezado los sucesos que en 1809 concluyeron con la constitución de la primera Junta revolucionaria de la América española, asunto el que fue apenas el preámbulo de la extraordinariamente activa y agitada actividad política que desarrolló el Comisionado Montúfar a partir de agosto de 1810, cuando impuso la formación de la nueva Junta Suprema de Gobierno quiteña, entonces pro Regencia. Pero sobre todo agitada resultó ser su infortunada carrera militar tras la guerra de reconquista ordenada por Fernando VII. Victoriosoq varias veces contra las fuerzas del Virrey Abascal, líder del «*montufismo*» dentro de las luchas intestinas quiteñas, derrotado dos veces, preso en Panamá, fugado y refugiado en la Nueva Granada, acompañó a Bolívar en su toma de Bogotá (1814) en contra de los centralistas fuerzas de Nariño. Partido hacia el sur, fue nuevamente victorioso y finalmente derrotado y preso en los alrededores de Popayán, para terminar siendo fusilado en Buga, junto a su paje, el 29 de agosto de 1816. Así lo anotó marginalmente en su *Diario* el mismo Humboldt ; «*...Buga: Fusilado en Buga Carlos Montúfar coronel, 20 de julio de 1816 uno de los 125 que hizo fusilar Morillo en el mismo año.*»³⁴.

Notable fue también la carrera científica de Caldas entre 1802 y 1810, cuando al comienzo de la ruptura política de la Nueva Granada, no pudo escapar de verse involucrado como prohombre de la revolución santafereña. Eficiente fue su desempeño como ingeniero militar del bando federalista y en contra del centralista General Antonio Nariño, cuyas luchas intestinas ocurridas durante la llamada *Patria Boba* (1810-

1816) facilitaron la cruenta reconquista del Virreinato por las tropas del general español Pablo Morillo en 1816. Refugiado en su nativo Popayán y luego en el sureño Quito, volvió a coincidir con su rival afectivo de 1801 cayendo ambos presos a manos del Brigadier Sámano cuando en julio de 1816 éste ocupó Popayán. Remitido a Santafé fue fusilado en la Plaza de San Francisco el 29 de octubre de 1816, exactamente dos meses después que Montúfar.

Su promoción de la Nueva Granada en Europa

Ha sido reconocida y alabada, casi con unanimidad, el talante generoso y hasta desinteresado con que Humboldt compartió en todo momento sus descubrimientos y hallazgos científicos. Antes que almacenar y aprovechar con exclusivo beneficio el inmenso inventario de especies y elementos, de toda índole científica, recolectados en su expedición hispanoamericana, máxime cuando la misma fue totalmente financiada con recursos propios, éste decidió compartir y repartir los mismos, sus teorías e incluso sus manuscritos con quienes creyó oportuno. Ni España —como muchos lo esperaban-, ni siquiera su patria Prusia, fueron las más beneficiadas con tal derroche de generosidad, habiendo sido su mayor preocupación lograr el mejor y más amplio aprovechamiento científico de las múltiples colecciones donadas, de las cuales Francia fue, sin lugar a dudas, la más afortunada.

Como ya se anticipó, desde Lima (25 de noviembre de 1802) Humboldt en su citada carta a Delambre, dice haber enviado al *Institut*, desde el mes de junio anterior, la extraordinaria y citada donación de Mutis, estimando que tan interesante colección botánica, y tanta belleza gráfica, sólo podían estar en manos de Jussieu, Lamarck y Desfontaines; envió que el mismo Mutis se encargó de remitir vía Cartagena —una vez más por intermedio de José Ignacio de Pombo. Añade en dicha carta haber remitido una tercera remesa, esta vez desde Quito. La segunda, que no se menciona, debió corresponder a la colección despachada desde Santafé y relativa a la Chinchona a los cuales adjuntó cortezas, etaminas, esqueletos y dibujos de siete especies de tales vegetales, junto a varias muestras geológicas de los volcanes y nevados del Pichincha, Cotopaxi y Chimborazo. Lamentará, en esta ocasión, la probable pérdida de las ricas colecciones de semillas enviadas, 3 años antes, desde Venezuela al Jardín de Plantas de París. Desde México (29 de abril de 1803)³⁵, esta vez al abate de Cavanilles, le repite haber enviado al Instituto Nacional de Francia la *curiosa*

colección de quinas de la Nueva Grabada y los magníficos dibujos regalados por Mutis.

Una vez más, desde México, el mismo 29 de abril de 1803³⁶, le dice a su amigo Willdenow haber despachado 10 ó 12 remesas de semillas frescas a los jardines botánicos de Madrid, París, Trinidad y al mismo Sir Joseph Banks en Londres. Y, para que no crea que se ha olvidado de Berlín, le anticipa que llevará personalmente para institutos científicos prusianos otra notable colección de especies procedentes de Quito, Loja, Amazonas, Jaén y los Andes peruanos, adicionadas de otras recolectadas en los caminos de Acapulco a Chilpancingo y México. Como si no bastara, le asegura haber dejado una extensa red de corresponsales que le remitirán nuevas colecciones cuando él lo requiera: Tafalla en Guayaquil, Olmedo en Lonja, Matis —el primer pintor de flores del Mundo y excelente botánico en Santafé, así como también monjes capuchinos en Nueva Andalucía y la misma Guayana.

Pero fue en la carta que desde México dirigieron conjuntamente Humboldt y Bonpland al mencionado Instituto Nacional de Francia (21 de junio de 1803)³⁷ donde ambos repiten no haber ahorrado medio alguno, a lo largo de su periplo hispanoamericano, para hacer llegar al Instituto diferentes colecciones de «*objetos dignos de ser conservados en el Museo Nacional.*»: Sin haber recibido confirmación de su recibo, aludirán nuevamente haber remesado las ya aludidas colecciones de semillas enviadas al Jardín de Plantas de París, productos del Orinoco que el Agente de la República francesa -ciudadano Bressau, por entonces en México- llevó personalmente. Igualmente recuerdan el envío de las colecciones remitidas desde Cartagena y Santafé de Bogotá (junio de 1801) con un trabajo y más de un centenar de dibujos sobre las Quinas de la Nueva Granada, obsequiadas por el «*célebre Mutis.*»; como también las cajas de minerales remitidas desde Quito y Guayaquil conteniendo entre otras piezas, unas curiosas muestras de obsidianas negras, verdes, amarillas, blancas mezcladas de «*fósiles bastante problemáticos.*», éstas últimas con cargo al Sr. Herrgen, del Gabinete de Mineralogía de Madrid, quien debía entregarlas al embajador de la República. Y aunque no corresponden a referencias procedentes de la Nueva Granada, resulta interesante añadir que en la fecha dicen haber enviado al Instituto nuevas muestras de obsidianas de Nueva España, cuyas especiales características impondrá a los científicos europeos un replanteamiento respecto a su origen, no necesariamente volcánico; remesa esta en 19 cajas cuyo contenido se detalla: once de obsidianas, una con un fósil nuevo desconocido; otra con azufre nativo, una más con plomo oscuro semejante al de Sajonía, Hungría y Pollewen de

Bretaña, Hyalitas; estaño fibrosos, diferentes cuarzos, una más de obsidiana y las restantes con pórfido polarisante, cobre rojo vítreo; materiales éstos los cuales esperan serán del gusto y deleite del mineralogista Haüy y de los químicos Vauquelin, Captal, Berthollet, Guyton y Fourcroy.

Una semana después de su llegada a París, Humboldt se dirigió al monarca prusiano Federico Guillermo III^a (3 de septiembre de 1804)³⁸ anunciándole su regreso a la patria después de "8 años (cinco en verdad) de «..ausencia de mi patria..» durante los cuales dice haber recorrido 9.000 leguas por la América del Sur y Nueva España. Después de ufanarse de haber reunido junto a Bonpland, colega de viaje a quien llevó a sus expensas, la mayor colección de minerales de Perú y México, imaginable en Europa, y la que decide depositar en el museo mineralógico de «*Vuestra Majestad..*». Le añade, sin embargo, que pone a su consideración el «*..objeto más raro y el más admirado en París..*», un trozo de platino del Chocó encontrado por él en 1801, con un peso de 1.354 grs. (frente al mayor conocido de apenas 40 gr.), adicionado todo con una colección de «*semillas frescas..*» que él mismo ha recogido en los dos hemisferios.

Humboldt y la República de Colombia

Este último apartado está dirigido a reseñar los vínculos personales que Humboldt mantuvo con varios pro-hombres de la nueva República de Colombia, y fundamentalmente con ese particular interés «tutorial» que desde un comienzo asumió con las autoridades de la recién constituida República de Colombia —1821— la *Unión*³⁹ de Venezuela, Nueva Granada y luego Quito, Guayaquil y Panamá-, en especial con el Presidente-Libertador, con su primer Vicepresidente Francisco Antonio Zea, Enviado Extraordinario en Europa, y con el Ministro del Interior en Bogotá, José Manuel Restrepo.

Se sabe que Bolívar y Humboldt se conocieron y trataron en París durante el invierno de 1804-1805, recién regresado éste de su largo periplo suramericano, e incluso algunos de sus biógrafos aseguran que fue Bonpland, antes que Humboldt, quienes se anticiparon a descubrir el signo libertario del joven (tenía 20 años), y por entonces, despedido Simón Bolívar⁴⁰.

Por su parte, durante el primer semestre de 1822 el aludido primer Vicepresidente colombiano, el neogranadino Francisco Antonio Zea, al margen de sus complejas operaciones financieras y diplomáticas en

Londres y París, se afanaba por contratar y enviar, desde esta última capital, diferentes expediciones científicas para el servicio de la nueva república suramericana; país al que Zea promocionaba en Europa como la más rica y prometedora nación americana post-española. En su calidad de afamado científico y gracias a los nexos que desde muy temprano había mantenido Zea con los naturalista franceses, Bonpland en particular, su labor diplomática estuvo constantemente apoyada en París por éstos, la misma que era seguida muy de cerca por Humboldt para quien en 1805, desde Roma, había sugerido a su compañero de viaje dar el nombre de Zea a varias especies de la flora americana que estaban conjuntamente clasificando. En 1822 el vicepresidente colombiano acudió a la asesoría de Humboldt para la contratación de los primeros equipos científicos que debían marchar para Sur América. Éste, entusiasmado, no vaciló en facilitarle la contratación de prometedores jóvenes científicos, residentes en París y Londres.

Para afianzar su interés en tales vinculaciones, Humboldt escribió al respecto al mismo Bolívar una carta —29 julio de 1822— en la cual, además de recordarle su encuentro en el «*..Centro de Europa..*» en 1804, se «*atrevió*» a avalar personalmente, con lujo de detalles, la extraordinaria hoja de vida del químico y mineralogista francés Juan Bautista José de Boussingault, recién vinculado por Zea al servicio de Colombia. Haciendo alarde del conocimiento detallado que tenía del nuevo país, le mencionó los diferentes yacimientos minerales que a lo largo y ancho de Colombia debían ser estudiados, declarando que el territorio colombiano era «*..desde el punto de vista mineralógico, uno de los más curiosos que conozco en el mundo entero..*»; esperando que, al final de su misión, su recomendado publicaría una «*..descripción geognóstica y física de la república de Colombia..*»⁴¹.

Al presentar y avalar al otro científico contratado por Zea, el químico arequipeño Mariano Rivero, no puede evitar tener que recordar una vez más a Caldas, reconociendo que en cuanto «*..a la nivelación barométrica [tan importante en la guerra como en la agricultura] del país, ...el infortunado Caldas y yo echamos las bases..*» añadiendo que confiaba en que el Libertador aumentaría su gloria militar con la de «*...fundar establecimientos científicos, de alentar los trabajos de sabios y hacer disfrutar a Europa los descubrimientos hechos sobre las cimas de las cordilleras..*». Para concluir, le pedirá tres cosas en nombre de los *sabios del Viejo Continente*: la descripción geognóstica de Colombia, la nivelación barométrica del Istmo de Panamá y la multiplicación

de la cartas del país por medio de observaciones astronómicas. Pero, habiéndose acordado de Caldas no quiso tampoco olvidarse de Montúfar: «*Las cenizas de nuestro desgraciado amigo Carlos Montúfar, reposan sobre el territorio de la República. Ellas no serán olvidadas por el que hace honor al valor del desgraciado...*» Seis días después -5 de agosto de 1822- Humboldt se apersonó directamente de instruir a Bous-singault, con pormenorizada descripción, sobre todo el trabajo científico que esperaba podría realizar en Colombia; aportándole además, muestras geológicas e instrumentos que necesitaría para el éxito de su cometido científico en Sur América ⁴².

Como Humboldt no era corto en sus generosas recomendaciones, en la misma fecha escribió a José María Lozano en Bogotá, repitiéndole la misma recomendación para los citados científicos. Sin embargo fue con el Ministro del Interior de Colombia, D. José Manuel Restrepo, historiador y a ratos geógrafo físico, con quien Humboldt mantuvo por algún tiempo una relación más intensa. La iniciativa del contacto la tomó el primero aprovechándose de la mención que Humboldt había hecho de Restrepo en la mencionada carta a Lozano. Valiéndose de la misión que José Domingo Acosta —hijo del terrateniente José de Acosta que había sido el anfitrión de Humboldt y Bonpland durante su larga permanencia en Guaduas, en razón de las fiebres palúdicas que azotaron a Bonpland—, y quien ahora viajaba comisionado por el Gobierno a París, Restrepo aprovechó la ocasión para remitirle —22 de septiembre de 1823— una «*lista de voces indígenas...*» que había sacado de un archivo, de los muchos a los que tenía acceso como ministro y pretendido historiador ⁴³. Siete meses después Humboldt le agradeció éste y otros envíos que le había hecho el Ministro Restrepo, anticipándole haber dado su nombre a varias especies de plantas tropicales y haber estampado su nombre en el plano definitivo del Río Magdalena, que había empezado a confeccionar durante su viaje de Cartagena a Honda. A la vez le agradeció todo lo que sabía había hecho Restrepo en favor de sus recomendados científicos Bossingault, Rivero y el posteriormente contratado, también por Zea, el anatomista francés Roullin, a la vez que le pidió varias aclaraciones sobre diferentes temas geográficos ⁴⁴.

En octubre de 1824 Humboldt recomendó de manera muy especial ante el Ministro Restrepo al Sr. de Gillet, residente en Bruselas y quien pasaba a Venezuela a montar un nuevo «*establecimiento agrícola...*» En octubre de 1825 Restrepo aparece remitiendo a Humboldt, por intermedio de su hermano Francisco María, quien pasaba a París, un mapa del Chocó, otro de la costa del Pacífico preparado

por Illington, el Ier volumen de su «Historia de Colombia», y la respuesta detallada a las preguntas que le había hecho sobre Geografía física de Colombia ⁴⁵.

En noviembre de 1825 Humboldt volvió a escribirle a Bolívar para presentarle y reclamarle su apoyo para el Sr. Kiener, comerciante de Colmar —Rhin— y quien viajaba a Colombia con tales propósitos, aval que estimaba extendería también su amigo Vicente Rocafuerte —el Enviado mexicano en Europa—. Al mencionarle la carta que le envió el Libertador desde Quito, le agradece a su vez el apoyo que ha dado a Boussingault; gracias al cual, durante los 3 últimos años, había podido éste realizar importantes trabajos mineralógicos, químicos y geodésicos que eran de la admiración del Instituto de Francia. De igual manera le agradece los buenos oficios diplomáticos que Bolívar había hecho directamente ante el dictador paraguayo, Dr. José Gaspar R. de Francia, quien retenía «..prisionero en [su] Imperioso misterioso..» a su colega y compañero Bonpland, que había decidido incursionar por su cuenta en Brasil y Paraguay. En esta ocasión Humboldt aprovechó la ocasión para lisonjearle así mismo «..sus virtudes de ciudadano... moderación en el triunfo.. [y sobre todo].. brillo en su gloria militar..»; razón por la cual había decidido incluir su nombre en favor de la libertad de los esclavos negros americanos en el capítulo 27 de su libro «Viaje» (t.3º, pág. 341) —que acaba de ser publicado en París; tal cual se lo dijo en la posdata de dicha carta.

Como dato curioso, el 6 de abril de 1826 desde París, la célebre Fanny D. du Villars, la amante de Bolívar durante su estancia de 1804-1805 en París, a quien el Libertador llamaba *Prima*, aliterada ésta del lado de los que en Europa se empeñaban en defender la memoria del fallecido y vituperado Zea, al mencionarle el pésimo estado de opinión respecto de la causa colombiana, le advierte que uno de sus detractores más connotados en París era precisamente el Barón de Humboldt y que sólo la viuda del referido Zea — eternamente en desgracia en la mente de Bolívar- se mantenía fiel a su nombre y causa.

Todavía en marzo de 1829 Humboldt volvió a escribirle por última vez al ahora *Dictador* Bolívar para recomendarle al portador de dicha misiva, el Sr. Chaumette des Fossé nombrado Cónsul General de Francia ante la República de Perú, mostrando que para tales fechas Humboldt desconocía las pésimas relaciones colombo-peruanas. Aprovechó sin embargo la ocasión para decirle con suma intimidad «..Una voz interior me dice que nos volveremos á ver en esta vida, pero en ese continente.. donde espero terminar mis días..»

Notas

¹ Entre ellos, MINGUET, Charles (1985): *Alejandro de Humboldt. Historiador y Geógrafo de la América Española -1799-1804-*, 2 Vols; México.

² En particular: ARIAS DE GREIFF, Jorge: *El mapa del Río Magdalena de Humboldt*. (1970): Boletín bibliográfico y cultural. Bogotá; XIII,(001), pp.46 y ss. ARIAS de GREIFF, Jorge: *Itinerario de Humboldt y Bonpland*.(1968): Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia. Bogotá, XXVI (100), pp.253 y ss. CADAVID, Roberto (1959): *Humboldt, Alejandro: Por tierras de la Nueva Granada*. Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín, XXXI (109), pp.319 y ss. DUGAND, Amando (1954): *Primer arribo de Humboldt a la Nueva Granada*. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Bogotá, IX (35), pp. 35 y ss. HERNÁNDEZ DE ALBA, Guillermo (1959): *El barón de Humboldt en el Nuevo Reino de Granada (hoy Colombia)*. *Humboldt y Mutis*. Revista de Historia de América. México (48), pp. 488 y ss; *Centenario de Humboldt*. También: (1959) *La visita del sabio alemán en Bogotá en 1801*. Boletín de Historia y Antigüedades. Bogotá, XLVI (534-536), pp.205 y ss. También (1970): *En el Centenario de Humboldt*. Boletín cultural y bibliográfico. Bogotá, XIII (1), pp.41 y ss. PÉREZ ARBELÁEZ, Enrique (1959): *Alejandro de Humboldt y las quinas del Nuevo Reino de Granada*. Bolívar. Bogotá, XII (52-54). pp.122 y ss; También (1959): *El Humboldt que vio Colombia*. Revista Javeriana. Bogotá, LI (254), pp. 271 y ss. Además (1959): *Alejandro de Humboldt en Colombia*. Bogotá. POSADA, Eduardo (1923): *Humboldt en Colombia. Santafé y Bogotá*; I,(002), pp. 65 y ss. RODRÍGUEZ GUERRERO, Ignacio (1959): *Humboldt y Mutis*. Bolívar. Bogotá, XI (51), pp. 600 y ss. También (1959): *Humboldt, Mutis y Caldas*. *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Bogotá, LIV (449), pp. 63 y ss. RODRÍGUEZ, Carlos (1969): *Alejandro Humboldt*. Universidad de Antioquia. Medellín (113), pp. 503 y ss. ROZO M., Darío (1959): *El barón de Humboldt en Colombia*. *Revista de la Sociedad Geográfica colombiana*. Bogotá, XVII (61-62), pp.79 y ss. UMAÑA, Carlos Torres (1933): *Humboldt y la escuela de Mutis*. Leipzig. VILLEGAS, Abel Naranjo (1959): *Humboldt y las ciencias naturales*. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Bogotá, X (41), pp. 37 y ss.

³ MINGUET, Charles, Op.Cit; nota 1; t. 1; pp. 31 y ss.

⁴ *Ibidem*.

⁵ Los términos *replicar* y *replicación*, usados frecuentemente en este trabajo, corresponden a su acepción lógico-científica: reproducir, con igual propósito científico de verificar una hipótesis de trabajo, un mismo experimento en diferentes lugares y fechas.

⁶ MINGUET, Charles: *Op. Cit*; nota 1; t.1; pp. 47 y ss.

⁷ *Ibidem*; nota 1; t. 1; pp. 60 y ss.

⁸ *Ibidem*; nota 1; t. 1; pp. 62 y ss.

⁹ *Ibidem*; nota 1; t. 1; pp. 65 y ss.

¹⁰ FERNÁNDEZ PÉREZ, Joaquín (1993): *Los Anales de Historia Natural: entre un deseo real y una necesidad científica*. Estudio preliminar a la edición facsimilar de los Anales de Historia Natural, 1799-1804. 3 tomos. Madrid, pp; 15 y ss. COLMEIRO, Miguel (1875): *Bosquejo histórico y estadístico del Jardín Botánico de Madrid*. En *Anales de la sociedad española de historia natural*. Madrid, IV; pp. 268 y ss.

¹¹ Para un análisis al respecto: DEL PINO DÍAZ, Fermín (1999): *Alejandro de Humboldt y la polémica de la ciencia española*. A publicarse en Cuadernos hispanoamericanos. Madrid.

¹² PESET, José Luis (1987): *Ciencia y libertad. El papel del científico ante la independencia hispanoamericana*. Madrid, pp. 307 y ss.

¹³ No está suficientemente documentado si Humboldt y Bonpland tuvieron un conocimiento detallado de las otras expediciones científicas españolas en las Indias; salvo lo tocante a la emprendida apenas 9 años atrás —1789— por el finalmente malogrado Alejandro Malaspina, y cuyo desgraciado final lamentará casi patéticamente el mismo Humboldt un año después al momento de zarpar de La Coruña y cruzarse con el Castillo de San Anton donde purgaba su condena el desventurado brigadier. Se menciona de paso que Humboldt conoció otro de los recientes empeños científicos ultramarinos de España, la expedición partida precisamente de La Coruña hacia apenas 4 años al mando de los hermanos Cristino y Conrado Heuland y la cual tuvo por encargo recoger, en los reinos del Río de la Plata, Chile y Perú, muestras de minerales, rocas y conchas destinadas al Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Igualmente conocieron la última de tales expediciones salida en 1797, dirigida por el comandante Terry con rumbo a la isla de los Pinos (Antillas) con objetivos tanto marítimos como botánicos, ya que tenía el encargo de recoger muestras de flora, fauna y minerales en dichos parajes. COLMEIRO, Miguel: Op. Cit; nota 10; pp. 201 y ss. MINGUET, Charles; Op. Cit; nota 1; pp. 67 y ss.

¹⁴ Este supuesto vacío investigativo aludiría a lo poco que hasta ahora parece haberse investigado sobre la forma como los medios aristocráticos y alto-burgueses europeos de entonces, y en particular los prusianos, valoraban y trataban este tipo de personalidad, en particular tratándose de miembros muy destacados —ya no sólo social, sino científicamente— de dicha sociedad, como siempre fue el caso de Humboldt; y respecto de lo que éste estuvo lejos de ser un caso aislado.

¹⁵ *Ibidem*; nota 1; t. 1, pp. 39 y ss.

¹⁶ De acuerdo a la referenciación bibliográfica de la nota 2^a, ver: Carlos Torres Umaña (Leipzig 1933); Armando Dugand (Bogotá 1954); Guillermo Hernández de Alba (Bogotá 1959, México 1970 y Bogotá 1970); Enrique Pérez Arbeláez (Bogotá 1959 (3); Abel Naranjo Villegas (Bogotá 1959); Ignacio Rodríguez Guerrero (Bogotá 1959); Darío Rozo M (Bogotá 1959) y Roberto Cadavid (Medellín 1959)

¹⁷ Se utilizará la edición bilingüe realizada conjuntamente por la Academia Colombiana de Ciencias Exactas y la Academia de Ciencias de la antigua República Democrática Alemana (1982): *Alexander von Humboldt en Colombia.. extractos de sus...*; Bogotá. El autor se vale de la presente ocasión para agradecer, una vez más, a los responsables de la Flota Mercante Gran Colombiana, la gentil donación que le hicieron en 1998 de un ejemplar de la reducida edición de dicha obra.

¹⁸ En particular sus *Diario astronómico, Observaciones barométricas*, su *Diario de viaje* propiamente dicho, y varios fragmentos de sus *memorias científicas*.

¹⁹ *Alexandre von Humboldt en Colombia. Extractos de sus Diarios...* Bogotá 1982 [De ahora en adelante **ED**]; **D**[iario].II/VI; VII a) y b) —passim— de la versión en castellano.

²⁰ Una toesa francesa igual a 1,964 mts.

²¹ Humboldt a Mutis, Popayán, 10 de noviembre de 1801. *Vid*: PÉREZ ARBELÁEZ, Enrique: *Humboldt en...* Loc. Cit; nota 2; p. 213 y ss. También: *José Celestino Mutis. Su vida y su obra*. Bogotá 1998, pp. 233 y ss.

²² Humboldt al virrey Pedro de Mendinueta; Lima, 7 de noviembre de 1802. *Cartas de Humboldt*. Boletín de Historia y Antigüedades. Bogotá 1907; V (50); p. 72.

²³ Humboldt a su hermano Guillermo, Lima, 25 de noviembre de 1802. Vid: PÉREZ ARBELÁEZ, Enrique: *Alejandro de Humboldt en...* Loc.Cit; nota 2; p. 221.

²⁴ Humboldt a P.Mendinueta; Lima, 7 de noviembre de 1802. Vid: *Cartas de Humboldt*. Op. Cit.; nota 22; p. 72.

²⁵ ED; D. VII a) y b); passim.

²⁶ Humboldt a Karl Ludwing Wildenow, La Habana, 21 de febrero de 1801. PÉREZ ARBELÁEZ, Enrique: *Alejandro de Humboldt en Colombia*. Loc. Cit; nota 2; pp. 201. También del mismo autor: Op.Cit; nota 21; p. 22.

²⁷ Especialmente, ED; D. VII a) y b); passim.

²⁸ *Ibidem*

²⁹ Humboldt a Cavanilles, México, 22 de abril de 1803. WIONCZEK, Miguel & FLORESCANO, Enrique (edit.) 1970: *Alejandro de Humboldt. Tablas geográficas del Reino de Nueva España y correspondencia mexicana*. México, pp. 78 y ss.

³⁰ Humboldt a J.B. Delambre; Lima, 25 de noviembre de 1802: *Ibidem*; nota 29; p. 78 y ss.

³¹ Caldas a Mutis; Quito, 6 de abril de 1802. BATEMAN, Alfredo D (1971): *Francisco José de Caldas. El hombre y el sabio.- Su vida.- Su obra*. Cali, p. 58 p. 74 y ss.

³² Caldas a Mutis, Quito, 21 de junio de 1802. *Ibidem*; nota 31; pp. 81 y ss.

³³ Humboldt a K.L.Wildenow; México, 29 de abril de 1803. Op. Cit.,nota 29; pp. 82 y ss. Por cierto, en esta carta, el botánico y pintor santafereño Matís es calificado como "el primer pintor de flores del mundo..."

³⁴ Para un buen recuento de este período y del rol patriota de Carlos Montúfar, Vid: BORRERO, Manuel María (1962): *La revolución quiteña . 1809-1812*. Quito. También: RESTREPO, José Manuel (1969): *Historia de la Revolución de Colombia*. 6 tomos. Medellín, t.1º; pp. 159 y ss.

³⁵ Humboldt a Cavanilles; México, 29 de abril de 1803. Op. Cit; nota 29: p. 78 y ss.

³⁶ Humboldt a K-L.Wildenow; México, 29 de abril de 1803. Op. Cit; nota 29; p. 82.

³⁷ Humboldt y Bonpland al Instituto Nacional de Francia; México, 21 de junio de 1803. Op. Cit; nota 29; p. 84 y ss.

³⁸ Humboldt a Federico Guillermo III; París, 3 de septiembre de 1804. PÉREZ ARBELÁEZ, Enrique: *Alejandro de Humboldt en..* Op. Cit. nota 2; pp. 232.

³⁹ Se prefiere utilizar aquí el término *Unión colombiana* en vez de la siempre citada *Gran Colombia*, la cual jamás existió con tal nombre; habiéndose habilitado este apelativo para distinguir, de forma ciertamente peyorativa, la actual República de Colombia del frustrado proyecto bolivariano de 1819-1830.

⁴⁰ MINGUET, Charles: *Las relaciones entre Alexabdre von Humboldt y Simón Bolívar*. FILIPPI, Alberto (Coord) 1988: *Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía*. Vol. I: Siglo XIX. Caracas 1988; pp. 743 y ss.

⁴¹ Para un detalle de tales gestiones, Vid: BOTERO SALDARRIAGA, Roberto; *Francisco Antonio Zea*. Bogotá 1945, pp. 297 y ss. NAVAS SIERRA, Jesús Alberto: *Utopía y atopía de la Hispanidad. La misión de D. Francisco Antonio Zea en Europa (1820-1822)*. En prensa.. pp:412 y ss. del manuscrito. Humboldt a Bolívar, 29 de julio de 1822. *Cartas al Libertador*. Bogotá 1956.

⁴² O'LEARY, Simón B. (Edit) 1881: *Memorias del General O'Leary... ; Caracas; t.12, pp.234 y ss. Humboldt a Boussingault; París, 5 de agosto de 1822. Vid: PÉREZ ARBELÁEZ, Enrique: Alejandro de Humboldt en..; Op. Cit; nota 2; pp. 237 y ss.*

⁴³ Humboldt a José María Lozano (Marqués de San Jorge); París, 29 de julio de 1822. Op. Cit; nota 22; pp. 79 y ss.

⁴⁴ *Ibidem*, nota 22.

⁴⁵ *Ibidem*, nota 22.